

PESADO, PÉREZ, JOSÉ JOAQUÍN (1801 —1861)

LA REVELACION

INDICE:

CANTO I
CANTO II
CANTO III
CANTO IV

CANTO PRIMERO

I.

El fin de aqueste siglo de malicia,
El triunfo de Jesús sobre el pecado,
La ruina del error y la injusticia,
El orbe en nueva gloria trasformado,
Y el reino de verdad y de justicia
Sobre eternos cimientos levantado,
Pretende celebrar humilde y pía,
Tímida, la cristiana Musa mía.

II.

Espíritu divino, que antecedes
.Siempre eterno á los siglos más lejanos:
Que Dios en ser, consustancial procedes
Tú, del Padre y el Hijo soberanos:
Luz aspirada y viva, que concedes
Al hombre que se acerque á tus arcanos,
Vivifica, Señor, Único, Sabio,
Del hijo de la nada el yerto labio.

III.

Adviertes en las horas de quebranto
En mi doliente pecho la dulzura,
Rompes las fuentes del copioso llanto,
Y abres mi corazón á la ternura:
Hora, que de la noche el negro manto
Se extiende, y reina la tiniebla oscura,
Baja piadoso á mi alma, la ilumina,
Y á tus altas moradas ia encamina.

IV.

Que solo así este polvo, que te implora,
Llegará á 'tu adorable acatamiento,
Sin que tu llama activa y vengadora
Castigue su liviano atrevimiento;
Y admirará tu ciencia, triunfadora
Del humano rebelde entendimiento:
En toda inteligencia, sin tu ayuda,
La mente es ciega y la palabra muda.

V.

Excelso Ser, altísimo Misterio,
Lumbre á mis pasos, de mis dudas calma,
Alivio en el dolor y refrigerio,
Única vida indeficiente al alma;
Líbrame del terreno cautiverio,
Dame que obtenga la triunfante palma
De mis antiguos yerros y pasiones,
E infunde en mí tus soberanos dones.

VI.

Y tú, Criatura hermosa, que pasaste
De esta tierra infeliz, con blando vuelo,
A esa región de paz, donde encontraste
Reposo sin afán, gozo sin duelo:
Pues que llena de gloria, no olvidaste,
Al pisar los alcázares del cielo,
El afecto de esposa, con que un día
Tu esposo coronaste de alegría;

VII.

Vuelve la vista, amada Elisa, y mira
Esta obra, que consagro á tu memoria,
Renovando las cuerdas de mi lira,
Que de tu huesa al pié yace sin gloria;
Y á tu amador ardiente, que suspira
Por dejar esta vida transitoria,
Abreviando los plazos de tu ausencia,
Ruega al Señor conceda su asistencia.

VIII.

Desde aquel triste y tenebroso día
En que Elisa murió, bella y serena,
Y puesta en el sepulcro, parecía
Desfallecida y lánguida azucena;
Su morada quedó yerma y sombría,
De amargo llanto su familia llena,
Y yo ¡triste! oprimido, con tributo
De horrenda asolación y negro luto.

IX.

Una vez que mis ojos se cerraron
Con doloroso llanto adormecidos,
Y tras luenga vigilia, se entregaron
A penoso letargo mis sentidos,
Pavorosas sentí que resonaron
Las voces de la muerte en mis oídos:
«Se va á extinguir el soplo que te alienta:
Rinde, mortal, de tus acciones cuenta.»

X.

Gimo, y mi corazón duda, y se arroja
A nueva lucha, palpitando incierto;
Y el ánimo oprimido de congoja,
El rostro frío de sudor cubierto,
Conozco, cómo el alma se despoja
Con íntimo dolor del cuerpo yerto;
Como aquella, i su Dios temblando vuelve,
Y éste, en pura materia se resuelve.

XI.

Hallóme solo á la espantosa orilla
Que dividió los términos del mundo:
Nebulosa legión, do el sol no brilla,
Y turbulento bate un mar profundo.
Al punto en una alígera barquilla
Cubierta de algas, entre cieno inmundo,
Un ángel me tomó, partió violento,
Y el agua hendió con raudo movimiento.

XII.

La interrumpida luz, fúnebre, escasa,
De un fuego subterráneo que á lo lejos
Un monte inmenso retumbando abrasa,
Entre nieves lanzando sus reflejos,
El rastro alumbra, do la barca pasa:
Atónitos mis ojos y perplejos
Ven las olas rodar, correr los montes,
Y ensancharse los negros horizontes.

XIII.

De luz teñida, entre la sombra muerta,
Resaltaba brillando la figura
De mi Ángel tutelar, toda cubierta
De una rica y espléndida armadura:
Rige firme el timón su diestra experta;
Con la otra mano, lleno de tristura,
Cubre el bello semblante pensativo,
Y su mismo pensar lo muestra esquivo.

XIV.

Después de una pasmosa travesía,
Tan veloz como el mismo pensamiento,
Do amarrida la vista, discurría
Entre objetos de horror, con desaliento;
Y el ánimo agitado, padecía
De incierto porvenir todo el tormento;

A una isla sin verdor la barca llega,
Y en sus playas estériles me entrega.

XV.

Allí, sobre un peñón, á quien reviste
De defensa y terror un muro fuerte,
Un alcázar se eleva, donde asiste
Inexorable y ávida la Muerte:
De sus negras estancias, la Hambre triste,
La Peste asoladora, el Tedio inerte,
Los males todos entre sí ligados
Salen, contra los hombres conjurados.

XVI.

La Muerte misma entre confusa niebla
Asoma alguna vez su frente pálida,
Asqueroso el cabello que la puebla,
Ojos hundidos, la figura escuálida;
Sepultando en olvido y en tiniebla
La tierna juventud, la edad inválida,
Inocencia, beldad, siervos, monarcas,
Y ciudades enteras y comarcas.

XVII.

Allí la cruda y espantosa Guerra,
Sobre peñascos ásperos lirada
Con cadenas durísimas, aura,
Bramando, la comarca desolada:
Cuando el brazo de Dios la echa á la tierra,
Parte, como una furia encarnizada,
Agitando en sus manos gigantes
Sangrientas armas y encendidas teas.

XVIII.

Por altas peñas, entre arenas muertas,
Turbas de toda edad vi numerosas,
Que clamando tendían sus manos yertas:
Vi desangradas sombras, que medrosas
En silencio á su fin iban inciertas:

Así del mar las olas presurosas,
Que en sucesivo afán la orilla hieren,
Se agrupan, corren, y llegando mueren.

XIX.

No hay un solo mortal que no visite,
Para nunca volver, esta ribera,
Que el plazo funeral llorando evite,
Ni ablande con gemir la suerte fiera;
Y qué en silencio allí no deposite
Su esperanza, su amor, su gloria entera:
Do mil reyes los nombres celebrados
En rota losa vi, casi borrados.

XX.

Esto miraba yo, cuando á su planta
Me hizo doblar el Ángel la rodilla
Do, tremolando al viento, se levanta
La enseña de las tumbas amarilla:
Formó de polvo con su mano santa
En mi frente una cruz, y mi mejilla
Tocó diciendo: «Esta señal te advierte
Que el hombre triste en polvo se convierte»

XXI.

Aquel reino de espanto, en un momento
Cayó en nuevo pavor: la luz se agota:
Cesa del mar el rudo movimiento
Con que las rocas cóncavas azota;
Calla la Guerra, que con ronco acento
La comarca tristísima alborota;
Y al estruendo fugaz del tiempo alterno
Suceden soledad, silencio eterno.

XXII.

El Alma entonces vaga dolorida
De sombra en sombra, en dudas abismada,
Como piedra al acaso desprendida

En los antiguos senos de la nada:
Ni término, ni asiento, ni medida
Encuentra, en la extensión inanimada
Que recorre, buscando el bien natío,
Y do quiera se encuentra en el vacío.

XXIII.

¡Terrible situación! La inteligencia
Con que el hombre al nacer se vio dotado,
Para gozar de Dios la suma esencia,
De inextinguible amor centro abrasado,
Cediendo con despecho á la violencia
Que la aparta del término anhelado,
En tinieblas densísimas se ofusca,
Y se aleja del bien cuando le busca

XXIV.

¿Dónde estoy? ¿A dó voy? ¿Qué dura suerte
Así me oprime cual pesada carga?
¿Seré presa indefensa de la muerte?
¿Al tedio cederé que me aletarga?
¿O, superando las edades, fuerte,
Viviré siempre en soledad amarga,
Sin gozar de la vista clara y pura
Del que es Primer Amor, Suma Hermosura?

XXV

Tú, que llenas de brillos á la aurora
T coronas de rayos la mañana,
Que haces nacer el sol que el mundo dora,
Y vistes de candor la nieve cana:
Tú, á cuya voz su luz consoladora
La luna esparce por su esfera vana,
Cuando la muda tierra se adormece
Y el cielo vigilando resplandece:

XXVI.

Tú, que excitas los íntimos ardores

En que la esencia inmaterial se abrasa,
De llegar á tus vivos resplandores,

Y en tí los bienes merecer sin tasa:
Tú, que infundes amor y eres de amores
Fuente siempre perenne, nunca escasa,
¿Condenas á este objeto, dulce y caro,
A terrible orfandad y desamparo?

XXVII.

Tarde te conocí, Criador amable,
Belleza siempre nueva y siempre antigua,
Lazo blando de afecto deleitable,
Dulce solaz que el ánimo apacigua:
Tú solo eres contento perdurable:
Sombra, que los ardores amortigua:
Se hallan en tí, sin repugnancia unidos,
Encanto al alma, y gozo á los sentidos.

XXVIII

¡Oh! ¡qué será de mí di á ese tu centro
No vuelo, desatado en viva llama,
Tras el deseo férvido, que dentro
Del seno vive y sin cesar lo inflama!
Si movido de amor, amor no encuentro,
¿A dónde mi existencia se derrama?
¿Qué es el vivir, si el corazón no quiere?
¿Y qué la voluntad, si el amor muere?

XXIX.

Si á ti, Sagrado Fin, no existo junto,
Ni he de mirar tu faz cabe tu asiento;
Si soy objeto de odio, venga al punto
Mi total destrucción y acabamiento,
Y el inmortal espíritu, difunto,
Perezca con el cuerpo macilento:
Si el alma de la nada fue formada,
Condénala otra vez á que sea nada.

XXX.

Mas ¿qué digo, insensato? ¿Qué pronuncia
Movido de terror el torpe labio?
¿El alma morirá, si ella renuncia
La vida, de su esencia con agravio?
¡Inútil esperar! Todo me anuncia
Que al formarse de Dios el dedo sabio,
Con libertad y con razón cumplida,
Me dio también perpetuidad de vida.

XXXI.

¡La nada! ¿Qué es la nada? En la materia
Podrá ejercer acaso sus rigores,
Mas no en el alma, que inmortal, no feria
Por muerte vil sus dotes superiores:
Será eterna su dicha ó su miseria,
Perpetuos sus placeres ó dolores;
Mas no se logrará que ella sucumba
Al inútil reposo de la tumba.

XXXII.

Jamás seré tu presa, nada odiosa:
Yo sostendré contra tu fuerza inerte
El rigor de una vida trabajosa,
Unido á las congojas de la muerte.
Dilata mi existencia dolorosa:
Que vivo ¡oh Dios! en tu rigor me advierte:
Libra mi esencia de la nada fría,
Y prolonga por siglos mi agonía.

XXXIII.

Así, clamando, contra mí batallo,
Y al dolor y tormentos me sentencio;
Mas doquier que me vuelva, solo hallo
Delirios, soledad, sombras, silencio.
Me hundo en nuevos abismos, tiemblo, callo,
Y ni lugar, ni tiempos diferencio:
Paro en un punto, y con igual suceso
La eternidad me abruma con su peso.

XXXIV

Cuando hé aquí, que de súbito aparece
Lejano resplandor, que me deslumbra,
Y en forma circular se acerca y crece
Astro sereno, que el espacio alumbrá:
En medio un trono fúlgido se ofrece,
Que con vivos crisólitos relumbra;
Y de oro en candelabros diferentes
Siete antorchas lo cercan refulgentes.

XXXV

Sostienen su peana extraordinaria
Entre nubes, alados querubines:
Fórmanle alrededor corona varia
Hermosos y abrasados serafines:
Los rayos de la excelsa luminaria
Penetran del espacio los confines:
Asombróse de ver la Noche negra
En sus reinos la luz, que el cielo alegra.

XXXVI.

Sobre el trono se ostenta fulminante
El Hombre Dios, con majestad ceñido
De una dorada zona rutilante,
Y de bordada púrpura vestido;
Rayos sus ojos son, sol su semblante;
Su cabello, de luz brilla teñido:
Y calzados sus pies con rico adorno,
Lucen, cual oro derretido en horno.

XXXVII.

Cuando su diestra en la extensión levanta,
Cercanía en derredor siete luceros,
Que jamás otros de belleza tanta
Vio el empíreo cruzar por sus senderos:
Proceden de su boca sacrosanta
De espada de rigor dobles aceros:

Resuena de sus labios el acento
Como el mar agitado por el viento.

XXXVIII.

Herido de su luz con el torrente
Que absorto miro y temerario arrostro,
Me abandonan las fuerzas de repente,
Súbita palidez cubre mi rostro,
Y ante el solio del Hijo Omnipotente
Temblando caigo, y con pavor me postro:
La inmensa claridad en que me anega
Es rayo, que me abate y que me ciega.

XXXIX.

Sonó su voz y penetró en mi oído
Aturdido de horror, de espanto lleno,
Cual si oyera con hórrido estampido
De monte en monte retumbando el trueno.
Yo soy, dijo, principio conocido
Y único fin también de cuanto ordeno:
Yo tengo con dominio sempiterno
Las llaves de la muerte y del infierno.

XL

«Apréstate, mortal, y de tu vida
A mi justicia rinde estrecha cuenta.»
Al momento una luz desconocida
Dejó mi mente de ilusión exenta.
Y con asombro vi, no interrumpida,
La serie de mi vida turbulenta:
Las horas de mi edad todas vinieron,
Y contra mí los años renacieron.

XLI

Como en cueva profunda, tenebrosa,
Por edades cerrada entre malezas,
Si repentina antorcha luminosa
Penetra por sus hondas asperezas,
Se ofrecen á la vista temerosa

De monstruos mil crispadas las cabezas,
Que al súbito fulgor rugen, se erizan,
Y entre sí se destrozan y encarnizan:

XLII

No de otra suerte, en la conciencia mía
Monstruos se sublevaron horrorosos:
Aletargada turba, que dormía
En los senos del alma misteriosos.
¡Oh Dios! ¡Cuál fue mi espanto, mi agonía,
Guando en tenaces círculos nudosos
Sierpes venenosísimas me ligan,
Rabiosas me sofocan y atosigan!

XLIII

Alzo la vista con agudo grito,
En lazos de dolor inmoble y preso,
Y ante el solio de Dios encuentro escrito
En tablas de diamante mi proceso:
Una contiene número infinito
De culpas y de errores, cuyo peso
Vence la tierra y mar con sus arenas:
Otra, ¡cuan limitadas obras buenas!

XLIV

Junto á aquella, Satán, fiero enemigo,
Espíritu del mal, con torvo ceño,
Terrible acusador, sagaz testigo,
Encarece mis culpas con empeño;
Y demanda insolente mi castigo,
Como el de siervo vil áspero dueño:
Horroriza á los ojos su figura
Negra en color, gigante en estatura.

XLV

Al lado de ésta, lacrimoso asiste
El Espíritu ilustre de mi guarda,
Intentando librar á mi alma triste

De la desgracia eterna que la aguarda: .
A los ataques de Satán resiste,
Y el breve plazo funeral retarda:
En esto, el Sumo Juez cerró la audiencia,
Para dar de sus labios la sentencia:

XLVI

Y tomando en sus manos la balanza
Con que del hombre las acciones pesa,
Y el premio y el castigo, sin mudanza
Distribuye, conforme á su promesa:
Cuando la débil luz de mi esperanza
En humo se exhalaba y en pavesa,
Creyendo oír con penetrante grito:
De mi presencia apártate, maldito:

XLVII

Una hermosa mujer vi, que venia,
A quien ligera nube circundaba,
Los ámbitos llenando de alegría
Que con sereno vuelo atravesaba:
Rastro extenso de luces la seguía:
Aromas á su paso derramaba:
Nunca tan linda la risueña Aurora
Nace del terso mar, y el cielo dora.

XLVIII

Viste preciosa túnica de lino.
Más cándida y más pura que la nieve
Que en monte excelso, al cielo convecino,
Del sol en su cenit los rayos bebe:
Cubre un velo su rostro peregrino:
Calza sandalia de oro su pié breve:
Llega al solio, descúbrese, y rendida
Dijo, con voz de mí reconocida:-

XLIX

¡Soberano Señor, si á esta tu sierva,
Que ante tu acatamiento se anonada,

Tu clemencia sin límites reserva
Que merezca esta vez ser escuchada,
Por un ser infeliz, á quien conserva
Mi no olvidado amor la fe jurada,
Imploro tu piedad; pecó como hombre,
Pero nunca, Señor, negó tu nombre.

L

¡Que en su inmortal espíritu, nacido
Para la eternidad, objeto de ella,
Ofuscado se vio, mas no extinguido,
El rayo hermoso de tu lumbre bella:
Como en el pedernal endurecido
Oculta permanece la centella,
En su alma conservó tu fe divina,
Llama que en las tinieblas lo ilumina.

LI

¡Qué de veces, absorto, viendo escrito
Tu refulgente nombre allá en el cielo,
Lloró su triste corazón marchito,
Henchido de dolor, presa del duelo;
Y llamado do ti, Bien infinito,
El fango desdeñó del hondo suelo,
Aspirando con ala voladora
Tocar al trono, do tu Esencia moral

LII

¡Oh! si en objetos de la tierra, viles,
No se hubieran sus ojos engañado,
Y ausente de tus pastos y rediles
Por peligrosas sendas extraviado;
Hora allá en tus moradas y pensiles,
La sien ceñida de laurel sagrado,
Asentado á tu mesa, gozaría
Perpetua holgura en sempiterno día.

LIII

¿Y qué, Dios de bondad, tú has prevenido
Por decreto absoluto, irrevocable,
Que este ser, con tu sangre redimido,
Sea tizón del abismo miserable?
¿De su eterna heredad desposeído,
Vaso de horror, objeto abominable,
Privado de tus vivos resplandores,
Gemirá en las tinieblas exteriores?

LIV

«¿Podrá estar limpio el hombre, á tu presencia,
Surcando de la culpa la mar ancha,
Si la luz de tu pura inteligencia
En los Ángeles mismos halló mancha?
¡Ay! su desgracia muévate á clemencia,
Alivia su aflicción, su ánimo ensancha,
No le niegues airado tus consuelos,
Ni le cierros la puerta de los cielos.

LV

«¿Querrás que de dos almas, que se amaron
Desde que criadas por tu soplo fueron,
Que en la tierra gozosa se encontraron
Y con amor recíproco vivieron;
Que juntas por la vida caminaron,
Y una misma esperanza mantuvieron,
Una quede en tu gloria permanente,
Y que la otra perezca eternamente?

LVI

«No lo quieras, Señor, piadoso, bueno,
(Anegada en sollozos le decía)
De tu justo furor depón el trueno,
Perdona la mitad del alma mía.»
Dijo, y el labio, de amargura lleno,
En la diestra del Dios fuerte imprimía,
Y apagó en ella con su dulce llanto
El rayo que brillaba con espanto.

LVII

Y elevando después su rostro bello,
En los ojos del Juez clavó sus ojos,
Suelto en profusos rizos el cabello,
Pálidos de temor sus labios rojos;
Y creyendo en Jesús ver un destello
De compasión, templados sus enojos,
Tímida, vacilante, sin sosiego,
Llorosa renovó su ardiente ruego.

LVIII

i A tu bondad divina, sin medida,
Excelsa y suma, cual tu misma esencia,
A la piedad humana, que se anida
En tus puras entrañas de clemencia,
Se acoge desolada y afligida
Quien tus juicios temblando reverencia:
Perdona ¡oh Dios! la hechura de tus manos,
Y apiádate, Señor, de tus hermanos.

LIX

i Conozco que mi ruego no es bastante
Para impetrar de tí la voz de olvido;
Pero pongo tus méritos delante,
Y la sangre preciosa que has vertido:
Piedad te pido, humilde y suplicante:
En nombre de tu Madre te la pido:
Es mi Madre también, ella me envía:
¿Desdeñarás los ruegos de María? i—

LX

Oyó este nombre, y su semblante airado
El Juez bañó con plácida sonrisa,
Como en el cielo oscuro y anublado
Blanda luz de repente se divisa,
Que al náufrago en las ondas agitado
Seguro puerto y dulce calma avisa:
Callan los vientos, se despeja el cielo,
T el iris tiende su gayado velo.

LXI

Parte Satán con vergonzosa huida
A las hondas cavernas del tormento,
Como el ave nocturna, perseguida
Del sol, que sube á su inflamado asiento:
Goza mi rostro el aura de la vida,
Me inspira la esperanza nuevo aliento,
Y, cual renuevos del rocío bañados,
Alégranse mis huesos humillados.

LXII

Jesús, abriendo sus purpúreos labios —
«Ceda el rigor á la clemencia, dijo:
Mi venganza remito y mis agravios,
Y logre el pecador el nombre de hijo.
Yo determino en mis consejos sabios
Que el plazo, en éste, de su vida fijo,
Se prorogue una vez, y allá en el mundo
Expíe sus yerros, con dolor profundo.

LXIII

i Pero antes, mirará de mi venganza
El tremendo lugar, do entre castigos
Penan los que sin luz,- sin esperanza,
De su Dios, y de sí son enemigos:
Las regiones de paz y bienandanza
Donde colmo de gozo á mis amigos,
Divisará también: á un tiempo mismo
Verá el cielo, la tierra y el abismo.

LXIV

t Verá el tremendo día, que ya preparo
Para dar, en el mundo delincuente,
Castigo al vicio, á la virtud reparo,
Enarbolar mi cruz gloriosamente;
Romper el seno de la Muerte, avaro,
Dar á mi Iglesia triunfo indeficiente,

Y con candado encarcelar, eterno,
Las rebeldes legiones del Infierno.

LXV

Ya se aproxima la hora, que dispuso
Mi Padre, en sus recónditos arcanos,
De que fenezca el mundo, y en que puso
La suerte de los hombres en mis manos:
El torpe reino del error confuso
No regirá los míseros humanos,
En cuyas sendas brillará, constante,
Siempre la claridad de mi semblante.

LXVI

«Ángeles de Jehová, ministros míos,
Requerid, requerid vuestros aceros,
Que tiempo es ya de encadenar los bríos
Del Crimen y el Error, déspotas fieros,
Que desatados de sus antros fríos
Pisan mi ley, osados y altaneros;
Mi Providencia de temor arguyen,
Talan mi campo y mi heredad destruyen.»

LXYII

Dijo, y estas palabras resonaron
Del cielo por las bóvedas extensas,
Y del profundo abismo penetraron
A los antros de horror y sombras densas.
Escuadras mil de espíritus bajaron,
Que de Jesús en derredor, suspensas,
Himnos cantaban en unido coro,
Acompañadas de sus arpas de oro,

LXVIII

¡Gloria, decían, á tí, que descendiste
De tu asiento inmortal de luces bellas,
Y la llorosa humanidad vestiste,
Bañando en sangre de dolor tus huellas:

Triunfante del pecado, el cielo abriste
Al hombre, y lo elevaste á las estrellas:
Los cielos se te inclinen y te honoren:
Los hombres y los ángeles te adoren.

LXIX

«Muéstrate ya, Monarca poderoso,
Ciñe al muslo tu espada reluciente.
Y heno de hermosura y victorioso
Procede, triunfa y reina felizmente:
Al imperio te eleven poderoso
Los hechos de tu diestra prepotente,
Y te coloquen en excelsa cumbre
Unidas, la Justicia y Mansedumbre.

LXX

«¿Qué importa que las gentes y naciones
Contra tí se levanten coligadas,
Si á todos los contrarios corazones
Traspasaran tus flechas herboladas?
Tus tendidas banderas y pendones
Harán sombra en regiones apartadas:
El cetro del poder tendrás brillante:
Será inmóvil tu trono de diamante.

LXXI

¡Amaste la virtud, y en los palacios
Do lleno de esplendor alumbra el día,
El Dios que vivifica los espacios,
Te ungió con óleo puro de alegría:
Coronado de auríferos topacios,
Vertiendo mirra, casia y ambrosia,
Te unirás á tu Iglesia, digna esposa,
Y á tí la elevarás limpia y hermosa.

LXXII

¡Ella, con vestidura donde pinta
Mano divina, para más decoro,

En rojo fondo de encendida tinta
Cándidos lirios y recamos de oro,
Y entre sus cercos, de labor distinta,
De perlas derramó rico tesoro,
Se acercará á su Esposo, tierna, amante,
Como de aromas mil nube fragante.

LXXIII

¡Oye, Esposa sagrada, atiende, inclina
Tu oído, á la alta inspiración del cielo,
Deja esa tierra, que de tí no es digna,
Valle opaco de duda y desconsuelo,
Y eleva el vuelo á la región divina
Do la santa verdad luce sin velo:
Abandona del mundo la bajeza,
Que el mismo Dios codicia tu belleza.

LXXIV

«Mira, que va á cesar de tu amargura
El tiempo prevenido en sus decretos;
En gozo trocarás la ausencia dura,
El desprecio y oprobios en respetos:
En alas del amor, brillante y pura,
Entrarás á sus íntimos secretos;
Y ornada de laurel tu noble frente,
El orbe á tí se postrará obediente.

LXXV

Cesaron de los coros los acentos,
Que á intervalos el eco repetía,
Y, vagos, se extendieron por los vientos,
Derramando dulcísima armonía:
Los altos cielos, al prodigio atentos,
Se vistieron de gloria y alegría:
Sonó en ellos la voz de la esperanza:
Sólo el infierno resonó venganza.

LXXVI

Las Escuadras Angélicas cercaron
A Jesús, entre nubes fulgorosas,
Y en sus carros flamígeros lo alzaron,
Resonando las llamas luminosas:
Al encumbrado empíreo penetraron
Cuyas puertas, abriéndose gloriosas,
Dejaron ver, patentes y serenas,
De la ciudad del gozo las almenas.

LXXYII

A los muros entró la pompa augusta
Y la visión al fin desaparece:
Tiende sus alas la tiniebla adusta
Y de nuevo el espacio se oscurece.
El alma santa que, amorosa y justa,
A los ojos de Dios tanto merece
Que alcanzó mi perdón, Elisa bella,
Sola quedó, cual vespertina estrella.

LXXYIII

Estática la vi, y á par sumisa,
De los cielos beber la luz fulgente:
Después, envuelta en esplendor y en risa
Miróme y ausentóse de repente.
«¿A dó vas? ¿A dó vas, amada Elisa?
Ven en mi auxilio, ven, clamó doliente:
No te alejes y ocultes tu hermosura
Dije así, y se cerró la noche oscura.»

LXXIX

Densa niebla me estrecha y me circunda,
Y sombra de amargor y de recelo;
Largo llanto mis párpados inunda,
Privados de la gloria y luz del cielo;
Y me hallo ausente, en soledad profunda,
Sin la que fue mi escudo y mi consuelo,
Y al ausentarse me dejó en despojos,
Miedo en el corazón, llanto en los ojos.

LXXX

Recuerdo entonces de mis tiernos años
Las dulces horas, con placer corridas,
Cuando fueron mis plantas, sin engaños,
Por la materna mano dirigidas.
¡Qué de yerros después, qué grandes daños!
(Qué de estériles lágrimas vertidas!
¡Cuántas veces, con soplo turbulento,
Abrasó el infortunio mi contento!

LXXXI

T recuerdo aquella hora venturosa,
Origen de mi amor y mi alegría,
En que tu talle vi, tu faz de rosa
Llena de timidez, Elisa mía;
Y luego aquella, en que tu voz graciosa
En las aras juró que me quería;
Nuestras almas dejando, enamoradas,
Con afecto dulcísimo enlazadas.

LXXXII

El áspero sendero de la vida
De flores, por tu mano, vi adornado,
Y también en la tumba, tan temida,
El árbol de esperanza vi plantado:
Árbol que elevará su copa erguida,
Con nuestras mutuas lágrimas regado,
Y, defendido con cuidados tiernos,
Vencerá del sepulcro los inviernos.

LXXXIII

Símbolo bello de tu amor precioso,
Protegido de tí dará sus frutos,
Y con tu influjo, rendirá, copioso,
De mi arrepentimiento los tributos;
Hasta que en otro mundo más hermoso,
Mis ojos de llorarte nunca enjutos,
Gocen, sedientos de tus claras luces,
La gloria accidental que tú produces.

LXXXIV

En pavorosa noche así gemía,
Ciegos los ojos, tímida la huella.
Cuando de pronto, en la región vacía
Altísima miré débil centella,
Que en círculos extensos descendía
Luciendo en las tinieblas como estrella;
Al acercarse conocí en su vuelo,
Que bajaba un Espíritu del cielo»

LXXXV

Y la figura distinguí, gallarda,
Del Numen que benéfico me auxilia,
Que entre peligros mi existencia guarda
Y defiende mi sueño y mi vigilia:
Hace que el pecho en las virtudes arda,
Consuelo y paz al ánimo concilia,
Sus alas sobre mí plácido tiende,
Y del sagrado Amor la antorcha enciende.

LXXXVI

Cuando deja su patria refulgente
Para que el cuerpo en su prisión la ciña,
Todo lo olvida el ánimo inocente,
Ingenua y candorosa como niña:
Sus conceptos expresa balbuciente,
Tímida los objetos escudriña;
(5, ciega acaso con tupida venda,
Del mundo material pisa la senda.

LXXXVII

Pero entonces, el Ángel bondadoso
Que compasivo el cielo le prepara,
De la diestra la toma cariñoso,
La encamina, y solícito la ampara.
Éste, que me dirige cuidadoso,
A mí volvió benévolo la cara,

Y trabando mi mano de su mano,
Me habló, como el hermano habla al hermano.

LXXXVIII

¡Desde que á los umbrales de la vida
En orfandad te hallaste abandonado,
Has sido tú, sin término y medida,
El amoroso fin de mi cuidado:
Si alguna vez tu planta divertida
Vagó en las selvas del placer vedado,
A tus pasos quité sierpes astutas,
Y de tu mano venenosas frutas.

LXXXIX

«Y hora que el Juez Supremo te destina
A recorrer el laberinto ciego,
En donde al bando réprobo fulmina
Rayos que lo reduzcan á sosiego,
Y para reprimir su audacia, empina
Montes sobre sus cárceles de fuego,
Entre las sombras de su seno rudo
Yo tu antorcha seré, seré tu escudo.

XC

«Ven, pues, y con valor y fuerza entera
A ver el hondo Abismo te apresura.»
Así dijo; y cual águila altanera,
Que su presa mirando en la espesura,
Se abate rapidísima y ligera,
Conmigo descendió desde la altura:
Cruza inmensos espacios, resplandece,
Y corriendo veloz desaparece.

XCI

Al esplendor templado que derrama,
Miré del Universo los asientos,
Donde oculta en la tierra está la llama,
Y mezcladas las aguas con los vientos:

Allí el Criador, que con su soplo inflama
La vida, reservó los elementos

XCII.

El Caos, monarca antiguo y poderoso,
Allí tiene su imperio y su morada
Encanecido, rígido, rugoso,
De luenga barba y veste dilatada;
A su diestra, en su trono poderoso,
La terrífica Noche está sentada;
Coronados los dos de gruesas nieblas,
Y cercados de espanto y de tinieblas.

XCIII

Sobre la mole peñascosa y basta
Con su cetro durísimo de acero
Las iras templa y el furor contrasta
Aquel anciano, del abismo fiero.
Sofoca el fuego en la montaña vasta:
Enfrena el rayo fúlgido y ligero:
Los vientos, de sus alas despojados,
Braman ante sus pies encadenados.

XCIV

Que si no, con impulso furibundo
Raudos arrebataran en su vuelo
El mar, la tierra, la extensión del mundo,
La portentosa máquina del cielo:
Caliginosa sombra, horror profundo,
La inmensidad cubrieran con su velo,
Y á la obra del Señor, aniquilada,
Suciedera el imperio de la nada.

XCV

Allá, en ajitros eternos sepultados,
Se anuncian, bajo formas diferentes,
Sucesos infinitos, variados,
De mundos, de naciones y de gentes:

Allí, de modos mil eslabonados,
Los futuros se inician contingentes;

Y como ensueños vagos, no visibles,
Abortan y perecen los posibles.

XCVI

Aquí, agitando el curso fugitivo
De las Horas, los Días y los Años
En todo el Universo, el Tiempo esquivo
Produce las mudanzas y los daños:
Fiero, resuelto, infatigable, activo,
Sin atender á súplicas ni engaños,
Cuantos seres abraza la natura
A su forzoso término apresura.

XCVII

Él, con la sombra y luz, el curso mide
De las altas esferas celestiales,
Y en placer y en dolor también divide
La existencia fugaz de los mortales:
A la necia ambición el paso impide:
Las conquistas convierte en funerales;
Y cuenta y mide, con reloj perfecto,
La duración del mundo y de un insecto.

XCVIII

La pobre choza y el altivo imperio
A su planta le sirven de escalones,
Y pone en vergonzoso cautiverio
Las gloriosas enseñas y pendones:
Del uno y otro célebre hemisferio
Arrebata á los pueblos y naciones,
Y cuanto en su corriente hinchada ostenta,
A la espantosa Eternidad presenta.

XCIX

Después, en el espacio destendido,

De estrellas remotísimas sembrado,
Vi el globo de la tierra, suspendido,
Girar, sobre su peso equilibrado:
El claro sol, su brillo recogido,
Lo baña opuesto, en el contrario lado;
Y aquella parte á que me acerco, entrega
Al mudo imperio de la noche ciega.

C

Por otro punto la indecisa luna
Con débil luz, apenas lo tocaba,
Que su pálida faz, niebla importuna
En temerosas sombras embozaba.
Una figura gigantesca y bruna
Volando, hacia la tierra se inclinaba:
Era Satán, que enderezaba el vuelo
A la mansión del sempiterno duelo.

CI

Ál acercarse más el monstruo odioso,
Las anchurosas alas equilibra,
Y revolviendo el curso vagaroso,
Su mole inmensa á lo profundo libra:
Su vista, cual cometa pavoroso,
Con luz siniestra en su carrera vibra:
Llega á la entrada del oscuro centro,
Y al punto se hunde y desvanece dentro.

CII

Al polo aquilonar llegué, nevoso,
Con charcos y con hielos impedido,
Sin senda, sin vestigio, triste, odioso;
Yerma región, de lágrimas y olvido:
Un rio lo circunda silencioso,
Donde todo consuelo huye perdido:
La Tristeza, con llanto interminable,
Crece y aumenta el curso miserable.

CIII.

A su margen están los altos montes,
Que espiran rojas llamas de su asiento,
Y empañan los remotos horizontes
Con el vapor que sube al firmamento:
Toqué sus cimas negras y bifrontes,
Y bajando á las rocas del cimientto,
Hallé el anuncio del dolor eterno
En la terrible puerta del Infierno.

CANTO SEGUNDO

I

«La mano del Eterno me dispuso
Antes que el cielo y tierra fuesen criados,
Y en círculos diversos me compuso,
A la pena y castigo preparados:
Do con ley de dolor viva recluso
El bando de los seres reprobados:
La dulce compasión aquí no alcanza:
Dejad, los que aquí entráis, toda esperanza.»

II.

Estas palabras vi, con negra tinta
De la alta puerta en el dintel impresas,
Y en ellas la sentencia hallé, sucinta,
Que condena las ánimas opresas.
Quedó en mis labios la color extinta,
Inundaron mi faz lágrimas gruesas,
Tembló mi corazón, y un hielo frió
Cuajó mi sangre, encadenó mi brío.

III.

Volviera atrás la temerosa planta,
Oprimido de horror, presa del miedo,
Si mi Ángel tutelar, con mano santa,
No me tuviera en aquel trance quedo:
Mi contristado espíritu levanta,

Y signando mi frente con el dedo,
Al Infierno voraz me hizo invisible,
A sus llamas y ardores impasible.

IV.

Asombrado pasé la horrible puerta,
T bajé una ancha escala tortuosa,
Tajada en vivas rocas, y cubierta
De una bóveda negra y peñascosa:
Desciende en vueltas mil y deja abierta
Entrada á una caverna espaciosa,
Do empiezan del abismólas regiones,
Y sus senos de llanto, y sus prisiones.

V.

En medio de la cueva, en peña ruda,
La Venganza divina está sentada,
De oscura cabellera y faz sañuda,
De torvo sobrecejo y vista airada:
El labio sin acción, pálida, muda,
Empuñando en la diestra ardiente espada:
T de su talle al suelo caen tendidos
Los pliegues de sus fúnebres vestidos.

VI.

En torno las Congojas y Dolores,
El Temor amarillo y el Recelo,
La Envidia macilenta, los Rencores,
El Despecho frenético y el Duelo,
La asisten, y la cercan veladores:
Al pisar el precito en aquel suelo,
Todos vierten en él sus copas, llenas
De lágrimas amargas y de penas.

VII.

T pasa el desdichado á otros lugares,
Por extenso arenal y bosque umbrío,
Semejante en el polo á los pinares

Donde tiende la luna el rayo frío.
Caminando las almas á millares
Llegan á divisar lago sombrío,
T en su orilla infeliz vagan llorosas,
Cortadas por las ondas cenagosas.

VIII,

La Desesperación con vista fiera/
Desencajada faz, torva figura,
Se mira alguna vez, de la ribera,
Cortar las negras aguas de amargara;
Y con voz penetrante y plañidera
Desvanécense allá en la sombra oscura,
Muriendo vagamente repetidos
Sus agudos lamentos y alaridos.

IX.

Jamás, tierra infeliz, en tí se anida
El ave, tiernamente enamorada;
Ni en tu profunda noche es percibida
La música de amor, dulce, acordada;
Ni menos en tu sombra fue sentida
La voz de esposo ó de la esposa amada,
Que expresa con recato, entre caricias,
De un inocente amor castas delicias.

X.

Mas, sólo de la Rabia y las Injurias
En tu ámbito fatal, vaga el acento,
De la Culpa salaz, hijas espurias,
Hermanas del atroz Remordimiento.
Yo vi en tu seno las odiosas Furias
Cuyas sierpes silbaban en el viento,
De antorchas y de látigos armadas,
Congregar á las almas desdichadas.

XI.

No tiembla, más sensible y fatigado,

Despedido del mar por la onda fiera,
Desnudo y contrastando al viento helado,
El pobre pescador en la ribera;
Que, sabiendo el castigo preparado
Inflexible y eterno, que la espera,
Temblaba sin cesar la gente triste,
A quien continuo horror el pecho embiste.

XII.

Entre nublados cárdenos y fríos,
Al impulso veloz de airado viento,
Pasaban los espíritus sombríos
A diversas regiones de tormento.
No arranca de los árboles umbríos
Más hojas en otoño turbulento
El sañudo Aquilón, con negras alas,
Despojando las selvas de sus galas;

XIII.

Ni vuelan en más número tendidas
Por el aire las aves, en hileras,
Cuando á nuevas regiones dirigidas,
Ven de lejos las húmidas praderas:
Apenas unas turbas son cogidas,
Cuando otras turbas cubren las riberas,
Que aquel viento infernal traslada presto,
Con repetido soplo, al lado opuesto.

XIV.

Yo también, trasladado de repente
Por oculta potencia poderosa
A la contraria orilla, tristemente
Penetré por la tierra lacrimosa;
Donde el ángel rebelde y delincuente
Sometido al dolor, nunca reposa;
Donde el hombre en el crimen obstinado,
Halla castigo justo á su pecado.

XV.

¡Cuánto tormento, oh Dios, cuánto suplicio,
Cuánto género nuevo de rigores
Vi en aquel triste y doloroso hospicio,
Do siempre morarán los pecadores!
Duras cadenas, áspero ejercicio,
Rígidis hielos, férvidos ardores,
Vigilia, llanto, sempiterno duelo;
;T nunca ver el apacible cielo!

XVI.

El Ángel soberano que me rige
Con paso firme y con imperio blando,
Mis errores disipa y los corrige,
Por aquellos lugares penetrando.
Do quiera que mi vista se dirige
Aterrada y llorosa, va notando
En nueva proporción nuevos dolores,
Y á pecado mayor penas mayores.

XVII.

En un profundo valle vi una fuente,
Que turbia nace en unas cuevas hondas,
Y allí penando innumerable gente,
Atascada en sus márgenes hediondas:
Son ebrios y golosos, que en ardiente
Fiebre, se aplican á las negras ondas:
Hínchanse, se corrompen, y entran luego
En rabioso delirio, sin sosiego.

XVIII.

Al rico avaro vi, torpe, encogido,
De piedra el pecho, el corazón de acero,
En un punto quedar todo encendido
Con fuego abrasador, con soplo fiero,
Y en castigo á su culpa merecido
Alzar en vano el grito lastimero;
Mientras de sus hundidos ojos brota
El llanto del dolor, gota por gota.

XIX.

En volumen de niebla ennegrecida,
Que senos hondos con sus alas cubre,
Por laberinto eterno, sin salida,
La turba de Filósofos se encubre,
Que de vano saber y ciencia henchida
En sus obras á Dios nunca descubre;
Mas torpe y necia, el Universo entrega
Ai mudo acaso y A la suerte ciega.

XX.

De otra parte, los hombres que vivieron
Sin ley y sin razón, y al apetito
Sacrificios infames ofrecieron,
En templos consagrados al delito,
Y el orden natural contradijeron;
Allí vagan, en número infinito,
Por región abrasada y pavorosa,
Llenos todos de lepra vergonzosa.

XXI.

Los lascivos, escuálidos y heridos
Con asquerosas llagas y señales,
Exhalaban tristísimos gemidos
En secos y ardorosos arenales.
No un número mayor se ve de heridos
De la muerte, en los tristes hospitales,
Cuando hace dilatar la peste impura
Sus fauces á la negra sepultura.

XXII.

Yí de Onan castigada la lascivia,
Vertiendo de sus miembros macilentos
Corrompida materia y sangre tibia
Que rail gusanos recogían hambrientos:
Parece á veces que su mal alivia,
Y que cierra los ojos soñolientos,
Cuando lluvia de azufre y viva llama

De repente en sus carnes se derrama.

XXIII.

Sobre tropas, en yermos derramadas,
El viento llamas esparcidas llueve,
Como esparce en las sierras levantadas
El soplo de Aquilón copos de nieve:
A las desnudas carnes aplicadas,
Forman herida, que parece leve,
Con dolores después, vivos, profundos,
Castigo de los hombres iracundos.

XXIV.

Yí allí á Nembrot, por su soberbia loca
Ligado con cadenas diferentes,
Sobre el áspero lecho de una roca,
Cercado en derredor de ascuas ardientes:
Espumas derramaba de la boca:
Volvía los ojos y crujía los dientes;
Expresando en sus miembros retorcidos
El intenso dolor de sus sentidos.

XXV.

Guerreros miré allí, conquistadores,
De árboles gigantescos suspendidos,
Sufrir de un vivo incendio los ardores,
De inflamadas materias revestidos;
Y en tanto que publican sus dolores
Con agudos lamentos y alaridos,
Cae de sus cuerpos la encendida grasa,
Quema los troncos y la arena abrasa.

XXVI.

En estanques de sangre y pez hirviendo,
Encontré los tiranos sumergidos,
Sin respirar siquiera, pretendiendo
En vano dar alivio á sus sentidos:
A Sila, á Mario y á Nerón tremendo,

A Diocleciano y á Sapor temidos,
A Ezeño feroz, á Marat rudo,
A Robespierre y á Danton sañudo.

XXVII.

En regiones lejanas y apartadas,
Bañadas siempre por el lago extenso
Al que montes y rocas escarpadas
Ciñen de un lado, y de otro el bosque denso:
En áridas llanuras abrasadas
Hay de serpientes mil, número inmenso:
No la ancha Libia, fértil en venenos,
Vio con más sierpes sus desiertos llenos.

XXVIII.

Donde quiera, la planta temerosa
Con abrojos y víboras tropieza:
En unos, picadura dolorosa
Castiga la desidia y la pereza:
En otros, mordedura ponzoñosa
La presunción altiva y la aspereza;
El aire inficionado, donde toca,
Comprime el pecho, el corazón sofoca.

XXIX.

Un fugitivo, en una senda estrecha
Buscaba amparo, bajo el bosque umbrío,
Cuando un dragón horrible, que le acecha,
Al encuentro salió contra él, bravío:
Le oprime entre sus garras y le estrecha,
Le hace gemir con doloroso ahogúo:
Su venenoso aliento en él infunde,
Y aquel ser en su ser une y confunde.

XXX.

Sepáranse después el hombre y fiera,
En un círculo de humo dilatado,
Quedando aletargada la primera,

Y de su piel el hombre despojado:
Una nube de tábanos, ligera,
Se asentó sobre el cuerpo ensangrentado,
Violentos castigando al que insaciable
Despojó de su hacienda al miserable.

XXXI.

Míranse en él las venas sanguinosas
Serpear por los miembros palpitantes,
Los músculos, en ramas dolorosas,
Con nueva rigidez vibrar, tirantes:
Nótanse, en convulsiones horrorosas,
Moverse las entrañas anhelantes;
Y respirar el labio, entre lamentos,
Dilatando la vida & los tormentos.

XXXII.

De un monte por el áspera subida
Yí pasar, entre espesos matorrales.
Una turba indefensa, combatida
De bravos y silvestres animales:
No huye con más furia, perseguida
De sabuesos, la caza entre jarales,
Que corrían allí desatentados
Hombres, de hambrientas fieras acosados.

XXXIII.

El monte cruzan, toman la ladera,
T á pedazos sus miembros arrancaban
Cerdosos jabalíes, en la carrera,
Y aquí y allí sangrientos los regaban:
Así castiga Dios turba altanera,
Cuyas manos sacrílegas robaban
La paz de su heredad, y en ella misma
Introducían, por su mal, el cisma.

XXXIV.

Ya miraba de un Focio miserable,

Con espanto, la sangre y las heridas,
Ya de un Henrico Octavo detestable
Las entrañas rasgadas y rompidas:
Cuando un sonido sordo y lamentable,
Semejante al que forman esparcidas
Ramas de verde leña, en lento fuego,
Mi oído y atención atrajo luego.

XXXV.

¡Cuánto crece mi asombro y mi sorpresa,
Al oír una voz clara y formada,
Que amargas penas y dolor expresa,
De la herida de un árbol exhalada!
¿Quién eres? exclamé ¿qué voz es esa,
Por prodigio inaudito articulada? -
«Soy, me responde, un suicida triste,
Que aquí la forma de este tronco viste.

XXXVI.

t Errores que el amor en vano llora,
Pasiones é inquietud, despecho fiero,
Me hicieron de una esposa, á quien adora
El alma, ser verdugo carnicero:
Ella voló al Empíreo con la aurora,
Yo entregado al tormento duradero,
Privado de una prenda tan querida,
Con veneno letal corté mi vida.

XXXVII.

c Consume la ponzoña lentamente
La fuerza y los espíritus vitales,
Y el corazón cobarde y delincuente
Palpita, con latidos desiguales:
Mortal amarillez cubre mi frente,
Y abreviados los términos fatales,
A la honda eternidad mi alma se lanza,
Viva al dolor y muerta á la esperanza.

XXXVIII.

Una hija cariñosa me asistía,
De mi perdido bien prenda adorada,
Ángel de paz, que quiso en mi agonía
Dejar mi salvación asegurada:
La voluntad rebelde se desvía
De este postrer auxilio, y separada
El alma de la carne, queda yerto
En sepulcro de horror el cuerpo muerto.

XXXIX.

«La alma ligada en el abismo oscuro,
La divina justicia la condena
A mantener, bajo este tronco duro,
Doliente vida, en perdurable pena.
Ese, que has visto tú, rebaño impuro,
A los suicidas de tormento llena,
Y á cuantos en la selva nos hallamos
Los miembros rompe al desgarrar loa ramos.

XL.

En baños de metal, vi, derretido,
De la Iglesia á los fieros opresores,
Enemigos de Dios y de su Ungido,
De sus templos y bienes robadores:
Entre ellos miré aquel que, revestido
De púrpura, entre aromas y entre flores,
Profanara en Babel, con vil desdoro,
De la sacra Salem los vasos de oro.

XLI.

En un sitio después me entré, cerrado,
Lúgubre y pavoroso cementerio,
De sepulcros de piedra rodeado,
Donde ejerce el dolor doblado imperio:
Con ardor invisible y concentrado,
Condenados á estrecho cautiverio,
Allí penan apóstatas monarcas,
Incrédulos famosos, y heresiarcas.

XLII.

Sobre la tumba estaba de Juliano
Esta inscripción: ¡Venciste, Ocuileo!
En la de León Isáurico, tirano,
Muerte y persecución sólo deseo:
En la de Henrico, Emperador Germano,
Aparento adorar lo que no creo:
Sobre la de Isabela, que da norma
A la Iglesia de Albión, ¡Sangre y Reforma!

XLIII.

Allí lá vista con asombro mira
A un Arrio en vivas brasas sepultado,
A un Nestorio insensato que delira,
A un Eutiques indócil y obstinado,
A un Lutero feroz ardiendo en ira,
A un Calvino de infamia señalado;
Al Filósofo adusto ginebrino:
De Perney al Patriarca libertino.

XLIV.

Este [cuánta impiedad, cuántos estragos
Al Orbe ocasionó con sus escritos!
¡A la Iglesia de Dios, cuántos amagos!
¡Al hombre en sociedad, cuántos delitos!
No encierra el ancho espacio átomos vagos
Tantos, como él dolores infinitos;
T cuantos por su culpa se condenan,
De nuevas penas su medida llenan.

XLV.

Vedlo aquí, que hora inmóvil, y estrechado
Para mayor penar, en sitió breve,
Hundido el vientre, el pecho levantado,
Lleno de rabia el corazón aleve,
Ardiendo en sed y de sudor bañado,
No hay tormento en el alma que no pruebe:
Torpe la vista, fétido el aliento:

Los miembros sin acción ni movimiento.

XLVI.

Penetrado de horror, dejé llorando
Aquel sitio infeliz, cuando vi luego
Por pedregosas calles tropezando
Dilatado escuadrón, callado y ciego,
De hombres miserables, que jadeando
Andaban, paso á paso, sin sosiego,
Cansados, temblorosos, oprimidos,
De láminas de plomo revestidos.

XLVII.

No camina en la mina tenebrosa,
Cargado de mas peso, el operario,
Cuando al débil brillar de luz medrosa
Recorre la labor, con paso vario;
Que de turba de hipócritas, odiosa,
Con pena se movía cada falsario,
Al cielo y los abismos enemigo,
Sufriendo así durísimo castigo.

XLVIII.

Los Fariseos de falaz ingenio,
De ovejas con la piel, lobos rapaces,
Caminaban unidos de Jansenio
A los tristes ó hipócritas secuaces:
Para todos la ley era un convenio,
Que afectaban mirar por varias faces;
Poniendo en la conciencia dobles fueros,
Blandos á sí y á los demás severos.

XLIX.

Interminable serie de cavernas,
Abiertas de la playa en rocas duras,
Prisiones asperísimas y eternas
De las almas sacrílegas é impuras,
Brillan con rojas llamas sempiternas

En las moradas del abismo oscuras;
La triste luz de sus ardientes fraguas
Refleja á trechos en las muertas aguas.

L.

De sus breves placeres arrancado
Exclama un pecador: ¡ay triste! ¿dónde
Me encuentro? —En el Infierno condenado —
Una voz misteriosa le responde:
Otro, por largos siglos abrasado
Entre el fuego y el humo que lo esconde,
Pregunta con despecho: ¿qué hora es ésta?
Y aquella voz— La Eternidad — contesta.

LI.

¡Oh Eternidad terrible y espantosa,
Duración para el hombre incomprensible!
Sola tú te levantas poderosa,
Contra el tiempo y sucesos invencible:
De encima de tu mole portentosa,
Más alta que la máquina visible,
En regiones tranquilas y serenas,
Con sublime mirar todo lo llenas.

LII.

Las corrientes del tiempo asoladoras
Se agolpan de tu trono á los cimientos,
Sin que basten sus ondas mugidoras
A mover tus perpetuos fundamentos:
Las edades del mundo son tus horas:
Los dilatados siglos tus momentos:
Todo se hunde á tus pies, todo se abisma,
Y. eres, inmóvil tú, siempre la misma.

LIII

No llegan á tu oído inexorable
Los ecos del dolor y blando ruego:
La dicha de los justos inefable

Ves con serenidad y con sosiego:
Debajo de tu trono perdurable,
Abismada en sus cárceles de fuego
El ánimo infeliz, de tí no alcanza
Un rayo de consuelo y de esperanza.

LIV.

Qué mucho, que entre llamas y prisiones
Con rabia y con furor clame el precito —
c ¡Perezca el día de llanto y de aflicciones
En que nací á la culpa y al delito!
¡Malditos sean, libertad, tus dones!
¡Detesto de la vida el don maldito!
¡Montes que me escucháis, venid encima:
Vuestra mole mi ser hunda y oprima!

LV.

No de otro modo la enjaulada fiera,
Entre cadenas y dobladas barras,
En vano se fatiga y desespera
Por romper de su cuello las amarras:
Ruge desesperada y altanera,
Esgrime los colmillos y las garras,
Aumentando la rabia que la aqueja,
Aquel mismo furor con que forceja.

LVI.

Al fin del muerto lago cenagoso,
En sus aguas pesadas y sin vida
Se espeja, con aspecto pavoroso,
De Gehenna la ciudad, toda encendida:
Sus torres de metal ferruginoso
Y su doble muralla encandecida
Se dejan ver, entre las sombras crasas,
Como en profunda noche ardientes brasas.

LVII

Del lado opuesto á la ciudad famosa,

Sinuoso y resonante se ve luego,
Sobre llanura estéril, pedregosa,
Con lentitud pasar un río de fuego,
Que de una ciudadela temerosa
Bate los dobles muros, sin sosiego:
Su corriente, de lejos, aparece
Sierpe que inmensa ondea y resplandece.

LVIII.

No de la Cordillera á la salada
Agua, que ocupa el Mexicano Seno,
Remota antigüedad vio arrebatada,
En triste día de terrores lleno,
De lava destructora y abrasada
Corriente, más hinchada y más sin freno,
Que surcó en hondas quiebras las montañas,
Y dilató su curso en las campañas.

LIX.

Iguales entre sí sus varias partes
Eleva la ciudad con simetría,
Coronados sus muros y baluartes
De gruesa y formidable artillería:
Allí de destrucción todas las artes
Sostienen de Satán la tiranía;
Y el que era liberal ante el Eterno,
Es déspota y tirano en el Infierno.

LX.

Son sos guardias espíritus guerreros.
Gigantes contra el cielo rebelados,
Cuyos semblantes con braveza fieros,
Por el rayo de Dios se ven surcados:
Armados de corazas y de aceros,
Negros como la noche, despechados,
Prontos á la venganza y los arrojos,
De siniestro fulgor llenos sus ojos.

LXI.

De la ciudad en medio se levanta,
Sobre cuadrada forma, un edificio,
Que en altura á los otros se adelanta,
De ruda construcción y orden Egipcio.
Cuatro plazas se extienden á su planta
Destinadas al bélico ejercicio,
Y en ellas, peristilos dilatados
En columnas de Pesto sustentados.

LXII.

De la maciza mole sobre el centro
Una cúpula inmensa se descubre,
Que atrevida se eleva, y á su encuentro
Baja una niebla que su cima encubre;
Vestida de labores por adentro
El solio de Satán defiende y cubre;
Y en la extensión del liso pavimento,
Bajo rico dosel se alza el asiento.

LXIII.

A la luz de una lámpara, que brilla
Sola en aquel lugar, Satán sañudo
Se deja ver en poderosa silla,
AÚético en sus formas y membrudo:
Apoya sobre un brazo la mejilla,
Cobrizo de color, aspecto rudo:
Feroz es su mirada resoluta,
Torva su frente, su cabeza hirsuta.

LXIV.

Nunca se viera en lúgubre santuario
Para sangrientos ritos erigido,
Cuando media su curso solitario
La noche, envuelta en sueño y en olvido,
De mano de famoso estatuario,
De una antorcha al brillar rayo lucido,
Ante los ojos de aterrada gente,
Coloso más soberbio y más valiente.

LXV.

De duro corazón, nunca movido
A la dulce piedad, al tierno ruego,
Jamás al beneficio agradecido,
Y á las divinas luces siempre ciego;
En su antigua maldad empedernido,
Obstinado al ardor de eterno fuego,
Sin consuelo, sin Dios, sin esperanza,
No ve en lo porvenir mas que venganza.

LXVI.

Dura respiración su pecho abulta:
De terrores su frente perturbada,
Aguda pena de pasión oculta
Deja ver, al semblante trasladada:
La vista altiva, con que al cielo insulta,
Pensativa en el suelo está fijada:
Con ronco acento y labio rencoroso
Así rompe el silencio pavoroso. —

LXVII.

¿Será que siempre la fortuna adversa
Me entregue á la inacción y al abandono?
¿Que la anarquía me burlará perversa?
¿Sucumbiré del cielo al negro encono?
¿Veré mi fuerza, sin unión, dispersa?
|Oh, cuánto cuesta conservar un trono,
Si súbditos ingratos lo disputan,
Y á su Señor iguales se reputan!

LXVIII.

«¡Quimérica igualdad, que así confundes
Hechos viles con ínclitas acciones,
Y del olvido en las tinieblas hundes
Guerreros timbres, bélicos blasones!
No serás tú la que gloriosa fundes
El imperio eternal de estas regiones;
Ni al Dios que en lo alto su potencia muestra,

Arrebates el cetro de la diestra.

LXIX.

¡Luchan conmigo opuestos enemigos;
Cuya fuerza en mi daño se convierte:
El Cielo, que implacable en sus castigos
Torrentes de dolor sobre mí vierte:
Y la ambición de pérfidos amigos,
Que de sus fines mi valor divierte,
Convirtiendo mi augusta monarquía
En piélago de horror y de anarquía.

LXX.

¡Hoy, ante el trono de ese Ser odioso,
Que en los cielos usurpa mi alta silla,
Vi perdonar á un pecador medroso,
Que arrepentido ante sus pies se humilla;
Y encadenar mi brazo poderoso
Al simple ruego de mujer sencilla.
¿Y yo, entretanto, despechado peno...?
¿Para cuándo es el rayo y es el trueno?

LXXI.

El Cielo ya verá lo que yo puedo,
Al presentarme armado en la campaña,
Derramando en sus huestes torpe miedo,
Cercado el corazón de ardiente saña;
Luego, uniendo la astucia y el denuedo,
Y enlazando la fuerza con la maña,
Sabré quitar á los caudillos míos
Las excesivas fuerzas y los bríos.

LXXII.

c Sublime inteligencia y fuerza unidas,
Un sólo entendimiento y una mano
Darán á mis legiones escogidas
Triunfos sin fin sobre el común tirano:
Con mis banderas marcharé tendidas;

Escalaré ai Empíreo soberano;
Y, enseñoreado ya del firmamento,
En el trono de Dios pondré mi asiento.

LXXIII.

Y en alas de las nubes sublimado,
Empuñando en mi diestra el rayo ardiente,
De cándidos luceros coronado,
Cruzaré de la Aurora al Occidente:
El Universo todo prosternado
Se inclinará á mis plantas obediente:
Depuesto Dios, sus ángeles rendidos,
Me adorarán mis subditos unidos, ¡ —

LXXIV.

Dijo, y hace llamar los paladines
Que dividen con él altos honores:
Suenan al punto trompas y clarines
Desde las atalayas superiores:
Propágase el acento á los confines
De aquel reino de asombros y de horrores,
Y lo repiten con pavor los ecos
Por duras rocas y por montes huecos.

LXXV.

No se ven al crepúsculo dudoso,
Después que en triste tarde el Sol se oculta,
Más sombras en el bosque silencioso,
Que desde lejos el pavor abulta,
A quienes el viajero temeroso
Determinar la forma dificulta;
Que allí se ven, por valles y por montes,
Sombras mil enlutar los horizontes.

LXXVL

Ni de la lana al rayo macilento,
En número mayor se mira errante
De osos rapaces escuadrón hambriento.

En pos del extraviado caminante;
Que venir de Satán al llamamiento
Sus numerosos próceres, delante:
A la corte infernal todos se llegan,
Y en sus calles y plazas se congregan.

LXXVII.

Artificiosa luz deja bañado
En un momento, con fulgor intenso,
El palacio sublime y dilatado,
Sus altas torres y su muro extenso:
Cada adalid se acerca, trasformado
En noble prócer, á un concurso inmenso;
Y lo reciben músicas y coros
En los atrios y pórticos sonoros.

LXXVIII.

El justiciero Dios, tal vez permite
Que tomen los espíritus impuros
Forma falaz, que accidental compite
Con los altos espíritus más puros,
Sin que esto sus tormentos debilite;
Y si consiente que elevados muros
Alcen, por monumento á su soberbia,
Penas sabe añadir á su protervia.

LXXIX.

Presentóse Moloch, cruel, arrogante,
A quien el Amonita con desvelo
Sacrificaba en llama devorante,
Sobre su altar al hijo pequeñuelo;
Siguiéndole Camós, terror constante
Del disoluto Moab, en cuyo suelo
Fue ocasión de matanza y de pelea,
Y escándalo á las hijas de Judea.

LXXX.

A éste, en el bosque de Solima denso,

Entre mujeres, danzas y cantares,
El sabio Salomón ofreció incienso
Con decrepita mano en sus altares.
¡Ah! ¿quién no gime, atónito y suspenso,
Viendo que los excelsos luminares
De ciencia y de virtud, caen confundidos
En el torpe placer de los sentidos?

LXXXI.

Vino aquel que ante el Arca sacrosanta
Del verdadero Dios cayó por tierra;
Asmodeo, que en torpezas se adelanta;
Memnón, que los tesoros desentierra
Y con ellos alcázares levanta;
Baal, que á los creyentes hizo guerra,
Guando fuego encendió en las aras pías
La aterradora voz del grande Elias.

LXXXII.

Y Rimmón, adorado por divino
En las comarcas fértiles y amenas
Do el Pharpbar y el Abbana cristalino
Reflejan de Damasco las almenas;
Y Thamuz, que del Líbana vecino
En las montañas dominó serenas,
En cuyas cimas hay selvas frondosas,
Y en las faldas ciudades numerosas.

LXXXIII.

Vino Belial, que con nefandos vicios
Trajo á Sodoraa del Señor la saña:
Astarte, la deidad de los Fenicios,
A quienes con fingido rostro engaña:
Astaroth, que burló con artificios
El extenso país que Eufrates baña:
Belzebut, lleno de furor y encono,
Que al mismo Satanás disputa el trono,

LXXXIV.

Y Apis también, que convirtió en Egipto
Los brutos en objetos de misterio:
Adonis, que la mente al apetito
Sujetó, en vergonzoso cautiverio:
Júpiter, que entre número infinito
De adoradores extendió su imperio,
Levantando sus aras y su solio
De Roma en el supremo Capitolio.

LXXXV.

El que aspiró al imperio de los mares
Para reinar en ellos turbulento:
El que en el Aquilón sentó sus lares
Rey de las tempestades, Dios del viento:
El que, notable por sus pies impares,
Hizo suyo del fuego el elemento,
Autor de los estragos de la tierra
Con los trenes y máquinas de guerra.

LXXXVL

El que con nombre de veraz, Apolo,
En sus templos fingió la profecía,
Y consultado desde polo á polo,
Con ambiguas palabras respondía:
Mercurio, lleno de perfidia y dolo,
Patrón de la rapiña y la falsía;
Todos llegaron. Triste y taciturno,
Antropófago cruel, llegó Saturno.

LXXXVII.

Y vinieron también los que tomaron,
Para más excitar pasiones viles,
La forma de mujeres, y estragaron
El vigor de los pechos varoniles:
Juno, á quien reina excelsa apellidaron:
Venus, adoración de los gentiles:
Minerva adusta, Proserpina hermosa;
Diana, llamada la triforme diosa,

LXIXXVIII.

Ni faltaron de México afamada,
Allí, los rigurosos Dioses fieros,
A quienes, sobre el ara levantada,
Ofrecían sus ministros carniceros
La sangre de la virgen delicada,
T miembros de indefensos prisioneros,
Que al golpe cortador caían distantes,
De los sangrientos cuerpos palpitantes.

LXXXIX.

Ni menos los que allá en India famosa,
Insensibles al llanto y al gemido,
Hacen quemar la miserable esposa
Viva sobre la tumba del marido;
Ni aquellos que en la China poderosa
Entregan al infante desvalido,
En los cerrados bosques y riberas,
A los voraces dientes de las fieras.

XC.

En fin, cuantos las tierras levantadas
Que con perenne llama alumbraba el día,
Y cuantos las regiones apartadas
Que en los polos envuelve niebla fría,
En la presente edad y en las pasadas
Sometieron á infanda tiranía,
Tantos entran al sumo ayuntamiento,
T en el grande salón toman asiento.

CANTO TERCERO

I.

Redondo el edificio, á todos lados
Vario se ostenta en piedras y colores:

Los próceres, por orden colocados,
Se muestran en asientos superiores:
En altas galerías agrupados
Miles y miles hay de espectadores:
Las lámparas, que están en la techumbre,
Bañan todo el espacio en viva lumbre.

II

Satanás, circundado de blasones,
Que coronan sus gradas y doseles,
Entre alzadas banderas y pendones,
Ciñe su erguida frente de laureles:
Con aplausos sin fin y aclamaciones
Lo saludan allí sus tropas fieles:
Él, silencio á sus voces imponiendo,
Comienza así á decir, grave y horrendo. -

III.

«¡Dominaciones y altas Potestades,
Milicia, que en los cielos producida
Fuiste, para reinar en las edades,
De todo el Universo obedecida,
¿Cómo el título augusto de deidades
Os pudo arrebatarse mano atrevida?
Vuestro antiguo valor ¿quién lo encadena?
¿Quién á perpetuas llamas os condena?

IV.

¡El Monarca que reina en las alturas,
Obras nos considera de su mano,
Y quiere castigarnos, cual hechuras
Que contradicen su poder tirano.
Nada debemos á él. Esencias puras
Nos produjo el esfuerzo soberano
Del oculto poder, que obra disperso
En toda la extensión del Universo.

V.

«Siendo Dios nuestro igual, quiso privarnos
De aquella libertad y ser divino,
Que al Acaso feliz le plugo darnos,
Por las eternas leyes del Destino:
Quiso á su duro imperio sujetarnos;
Y unido al hombre vil ¡exceso indino
Pretende que, humillado ante su silla,
Hoy el Ángel le doble la rodilla!

VI.

¡Primero de la máquina del Mundo,
Sin equilibrio ya, rotos los lazos,
Bajara con estruendo á lo profundo
La excelsa arquitectura hecha pedazos;
Primero, hundido en calabozo inmundo,
A perpetua prisión daré mis brazos;
Que no que al que se llama Omnipotente
Ligera inclinación haga mi frente.

VII.

«Yo su enemigo soy: en todas partes,
En lo alto de los cielos y en la tierra
He usado del valor y de las artes,
Para aterrar aquel que nos aterra:
Yo levanté contra él mis estandartes:
Yo á sus falaces declaré la guerra:
Yo su furor sostuve, sin desmayo,
Golpe á golpe oponiendo, y rayo á rayo.

VIII.

«Al hombre crió, de gracia enriquecido,
Y yo lo inficioné con el pecado:
De los cielos envió su Hijo querido,
T yo lo hice morir crucificado:
Quiso hacer de su Iglesia un reino unido,
Y yo la he dividido y destrozado.
¿Qué combate, qué cisma, qué herejía,
O qué persecución no es obra mía?

IX.

«Si entre nosotros la discordia ruda
No embarazara á mi valor el vuelo,
Ni la ciega ambición pusiera en duda
Mi excelsa autoridad, mi noble celo,
Nuestras potentes armas ¿quién lo duda?
Triunfaran sin obstáculo en el Cielo:
Dios bajara á estas cárceles sombrías:
Reinaran en la luz mis jerarquías.

X.

«¿No os acordáis de vuestra patria hermosa?
¿Qué es el triste fulgor de los Infiernos,
En competencia de la luz gloriosa
Que inunda los alcázares eternos?
Levantad vuestra frente generosa:
Aspirad á los lauros sempiternos;
Salgamos con valor y fuerza unida
A conquistar los campos de la vida.

XL

«Mirad, que ya en la tierra se prepara,
Entre el libertinaje y la anarquía,
Al cielo triste y á nosotros cara,
Terrible y general apostasía:
Queda en el templo abandonada el ara:
La razón de la creencia se desvía;
Y la blasfemia, como está previsto,
Marca los. tiempos ya del Antecristo.

XII.

¡Arrebatemos, pues, caros amigos,
Esta ocasión: romped el yugo duro:
De vuestra decisión serán testigos
El abismo, la tierra, el cielo puro:
Si burlando los hados enemigos
Obedecéis mi voz, yo os aseguro
Que uniréis á los rayos de la gloria
El frondoso laurel de la victoria!

XIII.

Cual suenan con vibrante movimiento
Por la playa marítima las ondas,
Que al romper la tormenta eleva el viento
En dilatada sucesión, redondas,
Repitiendo el sonido turbulento
Las altas selvas y cavernas hondas:
Tal en sordos rumores el concurso
Prorumpe, al fin del tentador discurso.

XIV.

Memnón, avaro espíritu medroso,
Que en su comarca de metales rica,
Busca sin fruto á su dolor reposo
En los altos palacios que fabrica;
Éste, que nunca al porvenir dudoso
El estado presente sacrifica;
Que de empeorar su condición recela,
Y su mansión y sus tesoros vela:

XV.

Quiso de la fortuna incierta y varia
Indicar las mudanzas y accidentes;
Quiso de aquella guerra temeraria
Descubrir los peligros inminentes;
Reveló su pasión atrabiliaria;
Hizo sus celos y temor patentes:
Fué todo oscuridad y todo duda
Con torpe voz y lengua tartamuda.

XVI.

Y quiso al fin con lánguido artificio
A los males poner otro remedio,
Pactando con el cielo un armisticio,
Ó á la ciudad de Dios poner asedio.
Demente lo reputan y sin juicio
Las turbas que allí están, hartas de tedio,

Y llenas de furor en voces rompen,
Que el discurso larguísimo interrumpen.

XVII.

Levántase Moloch: su frente erguida
Muestra la atrocidad de sus intentos:
No se cura del cielo, odia la vida,
Y arrostra con despecho los tormentos.
-No se espere de mí oración florida
Dijo, ni delicados pensamientos:
No sé mas que pelear; este es mi oficio:
El campo de batalla es mi ejercicio.

XVIII.

Yo miro cual merece al vil cobarde
Que tiembla al recelar males mayores,
Y lleno de temor concurre tarde
A empresas á sus fuerzas superiores.
Aquel que en fuego de la gloria no arde,
Que no aspira á sus vivos resplandores,
Y que á la suerte se doblega necio,
No alcanza compasión, sino desprecio.

XIX.

Ni cumple á mi valor que arte traidora
Me sirva para herir al enemigo:
Sé el ardor que en mi pecho se atesora:
Sé aplicar por mis manos el castigo.
No gusto de elocuencia engañadora
Que á débil timidez sirva de abrigo;
Pláceme, sí, en la diestra del valiente
Traspasadora lanza, espada ardiente.

XX.

Edades han pasado numerosas
Y dilatados siglos han corrido,
Desde que estas legiones valerosas
Yacen en ocio torpe y en olvido.

Trocádose han los tigres en raposas;
Mas su astucia infeliz ¿de qué ha servido?
Nuestros templos ¿dó están? ¿Do los altares?
¿Dónde los sacrificios á millares?

XXI.

«Preciso es confesar que, degradados
De nuestra antigua gloria y nuestra fuerza,
Tristes desfallecemos, empeñados
En que el orden común su curso tuerza.
Si en recobrar los cielos estrellados
Nuestro valor y brío no se esfuerza,
Vano es pensar que con el dolo y maña
Podamos realizar tan grande hazaña.

XXII.

«Salvemos con valor y sin recelo
Del tenebroso abismo los umbrales:
Alcen nuestros ejércitos el vuelo
Sentando en el Empíreo sus reales:
Cerquemos los alcázares del cielo
Con máquinas y trenes infernales,
Y asaltando de Dios á los asientos,
Fuego y llamas lancémosle violentos.

XXIII.

«Si á la guerra me llamas denodado,
Cuenta, noble Satán, con mi asistencia,
Que aunque libre Señor soy de mi Estado,
Tributo á la milicia deferencia:
Sea la guerra el único cuidado
Que nos haga luchar á competencia:
Guerra clame el abismo, guerra el suelo:
Guerra suene en los ámbitos del Cielo.

XXIV.

Los espíritus fieros que esto oyeron,
Altos vivos del pecho desataron,

Que las bóvedas cóncavas hirieron
Y en la cúpula inmensa retumbaron:
Unos, desatentados, aplaudieron
Por la excesiva libertad que amaron,
Juzgando ¡necios! que al finar la guerra
Libres fueran ya más en cielo y tierra.

XXV.

Otros, porque á su mente acalorada
La soberbia ambición soltó la rienda,
Y esperan ver su fuerte diestra, armada
De suma autoridad en la contienda.
Otros (facción terrible y arrojada),
Por esperar que con la guerra horrenda
Afirmara Satán su monarquía,
Y ellos con él su odiosa tiranía.

XXVI.

Jefe de oposición y de partido,
Genio de la discordia turbulento,
Belcebú fiero, de ambición movido,
Profesa á Satanás odio violento.
Al mirar al congreso conmovido,
Pretende aprovechar aquel momento,
Para minar la autoridad suprema,
Y otro orden levantar y otro sistema.

XXVII.

Muestra doblado talle y estatura,
Inclinada de un lado la cabeza,
Cargado de hombros, fuerte contextura,
Desdeñando el adorno y gentileza:
En su semblante alguna vez fulgura
Ya la risa falaz, ya la entereza:
Facundo en el hablar, ojo certero,
En crímenes é intrigas el primero, —

XXVIII

«Si dulce libertad, si patriotismo
Son para el corazón objetos caros;
Si de las negras sombras de este abismo
Intentáis á los astros sublimaros;
Si iguales en valor y en heroísmo,
Bajo el solio de Dios queréis sentaros;
Dijo, reconoced de vuestra esencia,
Antes, el alto precio y la excelencia.

XXIX.

«¿Qué importa que con noble bizarría
Quitéis á Dios el cetro prepotente,
Si después, simulada tiranía
Os hace doblegar la heroica frente?
No es el brillo exterior, no la falsía
Lo que deslumbra al ánimo valiente:
Otro prez inmortal, otra corona
El generoso espíritu ambiciona.

XXX.

«La propia dignidad, fuego divino,
Roba su vista audaz: á sus fulgores
En lo alto ve las leyes del destino,
Y huella á los tiranos opresores:
De la áurea eternidad halla el camino;
Y ceñido de vivos resplandores,
Sobre la esfera material se eleva,
Y la gloria y poder consigo lleva.

XXXI.

«Somos por propia esencia soberanos:
(Bien lo demuestran nuestros altos hechos);
La potestad común en nuestras manos
Está, y la voluntad en nuestros pechos.
Anonademos ya títulos vanos
Que hizo la usurpación: nuestros derechos
Fijemos por señal y por divisa,
En ley fundamental, clara y precisa.

XXXII.

«En ley fundamental, que contraste
Del despotismo audaz las invasiones;
Y apoyo firme eternamente preste
A la alma libertad en sus acciones.
¿Qué importa que el espíritu celeste
Se disponga á luchar, si sus blasones,
Sus mismas armas de su gloria llenas,
Se truecan en baldones y en cadenas?

XXXIII.

«Detesto el despotismo entronizado,
No menos que en el cielo, en el infierno;
Todo poder perpetuo es usurpado,
Digno de execración y de odio eterno:
Bey no será, mas tigre coronado
Aquel que tome para sí el gobierno
Sin la libre elección de sus iguales,
Siendo origen sin término de males.

XXXIV.

«No digo aquesto porque en ello crea
Que el noble Satanás sea comprendido:
Confieso que en el bien común se emplea,
De la ambición de mando desprendido:
Pero ingenua mi voz mostrar desea
También el orador fué interrumpido:
Roncas voces á un lado se escucharon:
Altas risas al otro resonaron.

XXXV.

Sosegado algún ta ito aquel tumulto,
Continuó — «Mi voz desea mostraros
Que para conservar libres de insulto
Estos que son de vos timbres preclaros,
Sólo á la libertad tributéis culto,
Sólo á su ley os plegué sujetaros:
En vosotros la fuerza toda estriba:
De ella sola el gobierno se deriva.

XXXVI.

«Para aspirar del cielo á la conquista
Tengamos dignidad en el infierno,
Que no el valor á combatir se alista
Debajo de un tiránico gobierno.
La Gloria divinal, que con su vista
Ciñe y abraza un porvenir eterno,
Con caracteres escribió de fuego:
Antes la libertad la guerra luego.»

XXXVII.

No en la montaña más airado el viento
Cuando agita la cima, sonoro,
Arranca y lanza de su antiguo asiento
La encina secular y el roble añoso,
Y redoblando el ímpetu violento
Se precipita al mar tempestuoso,
Alzando con furor las ondas fieras
T llenando de espanto las riberas;

XXXVIII.

Ni más veloz en un instante dado,
La eléctrica corriente se desprende
De los lóbregos senos del nublado,
Y en llama rapidísima se enciende;
Cruza el rayo el espacio dilatado;
Con horrible estampido el cielo hiende;
Retroceden los ríos, tiemblan los montes;
Suenan llenos de horror los horizontes;

XXXIX.

Que veloz fue en un punto, y poderosa,
La astuta voz del orador artero,
Para que la Discordia alzase odiosa
Súbita llama en el concurso fiero:
No hay sosiego ni paz; nadie reposa:
Cada uno su opinión muestra altanero;

A espadas amenazan las espadas,
Y á miradas de horror torvas miradas.

XL.

El reino de tinieblas, dividido
T con abierta lucha destrozado,
Mostrado habría, que la Discordia ha sido
Siempre la consecuencia del pecado;
Si el Eterno no hubiera diferido
Derramar sobre el bando rebelado,
Hasta la hora final de angustia y lloro,
De toda su justicia el gran tesoro.

XLI.

Hora permite en sus consejos sabios,
Que los hijos del mal, con mano fuerte,
A la santa virtud causen agravios,
Que su alta Providencia en bien convierte;
Mas cuando pronunciare de sus labios
La sentencia final de pena y muerte,
Y sellare las puertas del Infierno,
Los dejará en discordia y odio eterno.

XLII.

Iba á entregarse á sedición abierta
Aquella aborrecible monarquía,
Dejando franca y dilatada puerta
A la intestina guerra y la anarquía,
Cuando Satán á reprimir acierta
De su falaz contrario la osadía,
Saliéndole al encuentro, áspero, fiero,
Como á tigre feroz león carnicero.

XLIII.

En pié se pone el infernal tirano:
Con terrorífico horror la vista gira:
Fija en la lanza la siniestra mano
Do pende el manto, que á la espalda tira:

La diestra eleva por el aire vano,
Y exhalando las llamas de su ira
Por la hinchada nariz, de rabia lleno
En esta forma habló, con voz de trueno.—

XLIV.

¿Quién es el necio espíritu, que entiende
De sus fuerzas hacer audaz ensayo
Para quitarme el cetro? ¿Quién pretende
De mi alta diestra desatar el rayo?
Si mi enojo justísimo se enciende,
Sepa que, herido con mortal desmayo,
Sin que ninguno á mi furor lo esconda,
Lanzarlo puedo á la prisión más honda;

XLV.

Y sepultando allí su frente impura,
Alzar sobre él un cerro y otro cerro,
Encadenándolo en morada oscura
Con prisiones durísimas de hierro:
De tormentos llenar su cárcel dura,
Y condenarlo con perpetuo encierro,
A que publique en dolorosos gritos
Mi enojo, por los siglos infinitos.

XLVI.

De la milicia angélica gloriosa
Jefe por elección y por mi esencia,
Tengo bajo mi diestra poderosa
Honra, gloria, poder, valor y ciencia.
¿Quién contrastar mis mandamientos osa?
¿Quién hacer á mis leyes resistencia?
¿Quién como yo? - Resuelto y temerario
Le ataja y le replica su contrario.

XLVII.

Podrás, dijo, podrás, fiero tirano,
Reinar acaso en la región umbría;

Podrás, ardiendo en ambición, insano,
Erguido en medio de una turba impía,
Honos merecer de soberano;
Mas quiero que repare tu osadía,
Que existe en lo profundo del abismo
Quien aspire al honor y al heroísmo.

XLVIII.

Te vengaré al Espíritu ultrajado,
A quien tu brazo audaz sus glorias quita,
Y en los escombros de tu trono odiado
A la Razón pondré, de tí proscrita:
¿Quién como yo prorrumpes despechado?
¿Quién como Belcebú? fiera maldita
Dijo, y en Satanás fija sus ojos,
Vertiendo fuego, respirando enojos.

XLIX.

La Discordia, cual sombra vagarosa,
Por la bóveda altísima alza el vuelo,
Dudando á quién dará la palma odiosa
De la final victoria en aquel duelo.
La circunstante turba silenciosa
La aguarda con horror, llena de anhelo,
Cuando con nueva forma, de repente,
Satán se deja ver en trono ardiente.

L.

Sobre su frente la Soberbia alzada
Llena de pompa y vanidad se mira,
A cuyos lados, de furor armada,
Vertiendo llamas de venganza la Ira,
Y la Envidia de celos devorada,
Una ruge feroz, otra suspira:
La insaciable Avaricia está á su diestra,
Y la triste Lascivia á su siniestra.

LI.

La Gula, que empañó de los humanos
Con su aliento las dichas inocentes,
Y la Pereza vil, con sueños vanos,
Torpes inclinan á su pié las frentes.
Con llameantes hachas en las manos
Y crinadas las sienes de serpientes,
Amenazando al cielo con injurias,
Guardan sus gradas las terribles Furias.

LII.

De transparentes llamas circundado
Resplandece Satán, fuerte y terrible,
Con pavonadas armas escudado,
Al poder del infierno inaccesible:
Parece que su trono sublimado
Nada en líquido fuego inextinguible,
Brotando de su asiento una corriente
De metal encendido y lava ardiente.

LIII

La Pereza brutal, sierpe escamosa,
Que en triplicados círculos envuelta
Tacia indolente, irguiéndose tortuosa,
En espiral inmensa desenvuelta,
Baja de la peana fulgurosa
Del inflamado trono, y luego vuelta
A Belzebut, con tardo movimiento,
Sobre él inspira ponzoñoso aliento.

LIV.

Encárasele el monstruo aborrecido:
Él lo aguarda resuelto, con firmeza,
Mas vacila después desvanecido,
Los brazos tiende, dobla la cabeza,
Los ojos vuelve en blanco, y sin sentido
Postra en el duro suelo su fiereza;
El monstruo lentamente lo circunda,
Cubriéndolo de sangre y baba inmunda.

LV.

Así de la Argentina en los desiertos
Do hinchado corre el caudaloso Plata
Que, rompiendo tal vez sus cauces ciertos,
Por anchísimos campos se dilata,
Bajo altos bosques de verdor cubiertos,
La portentosa boa constriñe y ata,
Entre los nudos de su cola fiera,
Yerta y aletargada á la pantera.

LVI

En esto una espantosa forma airada
Entre ambos enemigos se interpone:
Su parte superior agigantada
De busto y rostro humano se compone,
Y la parte inferior en prolongada
Cola, que sobre el suelo extiende y pone:
Canes, que á sus entrañas incorpora,
La cercan de fiereza ladradora.

LVII.

Coronada de fuego en torno, esgrime
Su izquierda mano un dardo penetrante,
Con que en el pecho del precito imprime
Remordimiento atroz, cuando anhelante
Por el perdido bien en vano gime;
T en la derecha un látigo estallante
Armado de alacranes, con que acosa
Al reprobó, que un punto no reposa.

LVIII.

No hay fiera en el abismo más temida,
Y que más multiplique sus horrores
Que ésta, que en el Empíreo fué nacida
Entre los celestiales resplandores:
Es la Culpa, de Dios aborrecida,
La que intenta robarle adoradores,
De quien nació la muerte con espanto,
Origen del dolor, causa del llanto.

LIX.

La que mira á Satán como escogido
Para dar realidad á sus intentos,
Abandonado al mal, y prevenido
De audaces y soberbios pensamientos;
La que trae á su imperio sometido
El bando de los fieros descontentos,
Y encadena á sus órdenes severas
Las legiones rebeldes y altaneras, —

LX.

¡Yo soy, dijo, de Dios opositora:
Del Universo en los primeros días!
Contrasté su poder, y soy señora
De altas y numerosas jerarquías.
A mi vista, á mi voz aterradora
Se conturban las cárceles sombrías
Del reino del espanto: tiembla el suelo,
Los astros palidecen en el cielo.

LXI.

Duros castigos que mi brazo aplica
Cansan, sin extinguir, el sentimiento:
En vivas penas, y en dolores rica
De lágrimas amargas me alimento:
La eternidad las crece y multiplica
Con llama abrasadora y con tormento:
Gimen, bajo los golpes de mi mano,
El hombre vil y el ángel soberano.

LXII.

En todo el Universo obedecida
Será mi voluntad, yo lo he jurado;
T toda inteligencia sometida
A la ley de dolor y de pecado
Quedará. Tú, Satán, con frente erguida
Lleva mi obra á término deseado:

El orbe es tu heredad, el sol tu trono:
Yo, rey omnipotente te pregonó.

LXIII.

f Y siguiendo con próspera ventura
El curso de tus triunfos y victorias,
Mi venganza durísima asegura,
Y asegura también tus altas glorias:
Verás que en tabla de diamante dura
Escriben las edades tus memorias:
Yo vengo contra tí los desacatos:
¡Ay del que contrariase tus mandatos!

LXIV.

Dijo, y rabiosa en la amarilla boca
De Belzebut virtió negro veneno,
Que abrasando en un punto cuanto toca,
Con vivas llamas le devora el seno;
Y ordena que clavado en una roca
Sobre alto monte, de dolores lleno,
Pasto ofrezcan á fieras alimañas
Vivas y renacientes sus entrañas.

LXV.

La terrible sentencia oyen sañudas
Las altas potestades del abismo;
Y pasmadas de horror, páranse mudas.
Asegura Satán su despotismo:
De miles de su bando las desnudas
Espadas centellean, al tiempo mismo
Que el veleidoso vulgo rey lo aclama,
Y Señor absoluto lo proclama.

LXVI.

Colocado el Congreso en duro aprieto,
Para calmar los odios y la grita,
En manos de Satán, por un decreto,
La autoridad suprema deposita:

El tirano sagaz finge, discreto,
Que á conquistar el cielo se limita
Tan sólo su deseo, y con su espada
La libertad común dejar vengada.

LXVII.

Disuélvese el concurso entre el estruendo
Con que se van sus miembros alejando;
Y el nuevo cargo de Satán tremendo
Se anuncia al pueblo por solemne bando.
El estampido del cañón horrendo,
Los vivas que en el viento van sonando,
El lejano rumor que se alza y crece,
Conmueve la ciudad y la ensordece.

LXVIII

Sale el caudillo al público, seguido
De fuerte guardia, entre soberbia pompa,
Y lo anuncia al infierno estremecido
El ronco son de la tartárea trompa.
Su nombre, por los ecos repetido,
Hace que el aire con estruendo rompa:
Su nombre cantan con robusto aliento,
Deformes serafines por el viento.

LXIX.

Desplegando de horror bárbara enseña,
Y de antorchas armada y de puñales,
Hace de sí la multitud reseña
En calles, atrios, plazas y portales.
En número mayor no se despeña
Por las regiones árticas glaciales,
Sediento de matanzas y de robos,
Arrabiado escuadrón de hambrientos lobos.

LXX.

Y camina y prosigue embravecida
Tributando, insensata, por do pasa,

A Satanás, aplausos sin medida,
A sus contrarios, maldición sin tasa:
Ya á un enemigo arrastra enfurecida,
Ya un edificio con furor abrasa,
Añadiendo al insulto y vilipendio,
Sangre, exterminio, asolación, incendio.

LXXI.

Con la carroza encuentra, en que asombrado
Memnón, á sus Estados se volvía,
Y al punto el miserable es maltratado
Por la turba feroz, con rabia impía:
Queda el carro á las llamas entregado;
Y sueltos al estruendo y vocería
Sus bridones, de allí parten violentos
Esparciendo las crines á los vientos.

LXXII.

Auméntase el concurso numeroso,
A quien turba tras turba se le agrega
Fuera de la ciudad, y poderoso
En los vecinos campos se congrega.
Ocupa al punto el valle pavoroso,
El soto agreste, la desierta vega,
Y al número y ardor que lo arrebató
Cediendo, hasta los montes se dilata.

LXXIII.

Tal suele en fulminantes tempestades,
De los montes bajar raudo torrente,
Que arramblando cabañas y heredades,
Aumenta progresivo su corriente:
Amenaza murallas y ciudades
Sonoro, hinchado, turbido, impaciente;
Y de los valles la extensión profunda
Con ondas hervorosas cubre, inunda.

LXXIV.

Sobre una estéril y árida colina

Que descuella en el centro de la escena,
Arrogante Satán ve y examina
De la tropa infernal la fuerza plena:
Armas y divisiones determina:
Divide el mando, la maniobra ordena;
Y vestido de malla y duro acero,
Se muestra en las fatigas el primero.

LXXV.

Aparece de lejos su figura
Inmóvil, como rígido coloso,
Que contrasta en dureza y estatura
Con la cumbre del monte cavernoso:
Cercan rojos celajes su cintura:
Es su lanza cual mástil poderoso:
Luce el escudo que en el hombro ostenta,
Como en noche de horror luna sangrienta.

LXXVI.

De músicas marciales al acento,
Que el aire pueblan con medidos sonos,
Marchan en undulante movimiento
Series de interminables batallones:
Tremolan las banderas en el viento:
Brillan las armas, ruedan los cañones,
Y al peso de los trenes, que lo oprime,
El fondo inmenso del Infierno gime.

LXXVII.

Contra el Supremo Ser, en odios fieros
Arde el Abismo todo, hasta sus fines;
Alardes donde quiera hay de guerreros,
Súbitos alzamientos y motines;
Y al brillo y estridor de los aceros,
Y al sonar de atambores y clarines,
En cerrado escuadrón antiguas lanzas
Salen á derramar nuevas venganzas.

LXXVIII.

Así el Infierno su estandarte arbola,
Y unido para el mal rayos fulmina
A la Iglesia de Dios, paloma sola,
Que por la tierra pasa peregrina:
Su Esposo con dolores la acrisola,
Como en fuego vivaz la plata fina:
Mas ella entonará con nueva gloria
Himno de paz y canto de victoria.

CANTO CUARTO

LXXIX.

Al salir del Abismo, absorto miro
Rasgado de la noche el negro velo,
Color sereno de oriental zafiro
En las regiones nítidas del cielo;
Del viento occidental dulce suspiro
Las hojas mueve del florido
Recogen sus dispersas centinelas,
Y al turbulento mar tienden las velas.

LV.

«¿Cómo podrá mi labio referiros
Del pecho atormentado los dolores,
Sin que fuesen capaces mis suspiros
De ablandar á mis duros opresores?
Las ondas de la mar en anchos giros
Levantaban los vientos bramadores:
Yo á su impulso, indefensa, caminaba
De un odioso Señor á ser esclava.

LVL

«La aurora aparecía en el Oriente
Coronada la sien de blancos lirios,
Y de mi amargo llanto la corriente
No calmaba el dolor de mis martirios:
Sabía el sol al zenit resplandeciente,

Y oscuridad miraba en mis delirios:
De la noche las negras horas largas
Aumentaban mis lágrimas amargas.

LVII.

«Pasados de este modo algunos días,
Una mañana vi, ¡nunca la viera!
De Estambul y sus ricas cercanías
La odiosa para mí, mortal ribera,
Do entre celos brutales y entre espías
La mujer desfallece en cárcel fiera,
Amenazada siempre de suplicios,
No incentivo al amor sino ¡á los vicios.

LVIII.

«No en publico mercado fui vendida
Con el común de esclavas desdichadas,
Sino al Serrallo infame conducida,
Cerrándose tras mí puertas ferradas.
A gemir .condenada de por vida
En sus hondas estancias dilatadas,
En todos tiempos y ocasiones era
La tristeza mortal mi compañera,

LIX.

Bajaba alguna vez i los jardines,
Por divertir allí ms penas graves,
Mirando con wv4dia, en los confines
Del ancho y libre mar correr las naves;
Una tarde que, oculta entre jazmines,
Escuchaba los (trinos de las aves,
Un mozo andaba lleno de temores.
Lleno de amor ye requirió de amores:

LX.

«Oye, Cristiana bella, me decía,
Las quejas de un amante que te quiere,
Que en tus ojos miró la luz del día,

Y morirá feliz si por tí muere:
¡Inocente paloma! ¡Gloria mía!
¿Qué profundo pesar tu pecho hierde?
Díme, mi dulce bien ¿qué mano fiera
Te puso en estos muros prisionera?

LXI.

•Mira, yo soy un joven que, nacido
En el remoto suelo Mexicano,
Por casos de fortuna aquí he venido
A ser esclavo del sultán tirano.
Es mi nombre Constanzo: ú tí rendido
Y abrasado en tu fuego soberano,
Si vinieras conmigo, te prometo
Guardar á tu beldad todo respeto.

LXII.

«Te llevaré á mi patria venturosa,
Do hallarás limpia fe, cortés llaneza,
Y venerando el título de esposa,
El esclavo seré de tu belleza:
Libre, feliz, encantadora, hermosa,
Disfrutarás de módica riqueza,
Pasando en mi heredad tranquilos días,
Ajenos de zozobras y porfías.

LXIII.

«Verás allí en eterna primavera
Los campos de mil flores esmaltados,
Asombrada de bosques la ribera,
Y los montes de nieve coronados:
Verás á la ciudad, que reverbera
En el centro de lagos dilatados,
Y en sus contornos, al placer abiertos,
Flotando los jardines y los huertos.

LXIV.

«Si admites que este siervo, que te adora.

De tu cuello desate las cadenas,
Y de una alma te dignas ser señora,
A quien de gloria y entusiasmo llenas,
Aguárdame mañana en aquesta hora,
En que incierta la luz se mira apenas:
Aquí estaré presente, y yo te juro
Que salva te pondré en lugar seguro.

LXV.

«Y en nave con recato prevenida
A Grecia volverás por rumbo cierto,
Y desde allí á mi patria trasferida,
En ella pisarás seguro puerto
No siguió, que una seña convenida
(Impidiendo que fuese descubierto)
Le obligó á retirar, dejando en tanto
Al pecho dudas y á los ojos llanto.

LXVI.

«El sitio, la ocasión, el lance extraño
Produjeron en mi alma, que delira,
Ya sombrío temor de nuevo daño,
Ya esperanza del bien por que suspira.
¿Tan ardiente pasión será un engaño?
¿Tan encendido amor será mentira?
Así mi pensamiento vacilaba,
Y amor mi voluntad avasallaba.

LXVII.

«¡Oh, cómo triunfa una alma generosa
De un pecho tiernamente agradecido!
¿Podrás, yo me decía, ser rigurosa
Con un amante, ante tus pies rendido,
Que te enajena de prisión odiosa,
Y que á todos los riesgos prevenido,
La cara libertad estima en nada
Si á tu dicha y amor no va enlazada?

LXVIII.

«¿Negarás á tu amante hacer pedazo»
La negra puerta á la mansión del duelo,
Las cadenas trocando en blandos lazo»
Y las tinieblas en la luz del cielo?
¿Te esquivarás á ver entre sus brazos
Por la postrera vez tu patrio suelo,
Y de tus padres el sepulcro santo
Piadosa humedecer con dulce llanto?

LXIX.

«¡Cuánta serenidad allí te espera!
Desde el cielo sus almas venerables
Te alcanzarán la dicha verdadera,
Amor y bendiciones perdurables.
¡Patria, donde miré la luz primera,
Adiós, por siempre adiós! Si á las instables
Ondas vuelvo otra vez, tú estás de asiento
Siempre en mi corazón y pensamiento.

LXX.

¡Viva en la dicha, ó viva en desventura,
Jamás te olvidaré ¡patria adorada!
Y allá en el Nuevo Mundo con ternura
Repetiré tu nombre enamorada:
Guando amor me colmare de ventura,
De rosas y de mirtos coronada,
En medio de mi encanto y de mi gloria.
Tú siempre vivirás en mi memoria.

LXXL

«En tales pensamientos se ocupaba
Llena de nueva vida el alma mía,
Y la que antes en dudas se abismaba,
Ya intrépida á los riesgos se exponía:
Al fin cuando en su ocaso se ocultaba
El postrer rayo del siguiente día
Y brillaba en las sombras el lucero,
4 mi libertador con ansia espero.

LXXII.

«Y ved, que de repente sorprendida,
Y en sus brazos robustos levantada,
Por oculto lugar soy conducida
A una puerta remota y excusada;
Cuya guarda, del oro seducida,
A mis pasos la deja franqueada:
La ciudad prontamente atravesamos?
Y en una pobre casa nos entramos.

LXXIII.

«En ella un sacerdote anciano, griego,
En ignorada soledad vivía,
Y, prevenido con secreto ruego,
Oculta habitación nos disponía;
De sacras ropas revestido luego
Nuestra unión confirmaba y bendecía,
Trocando los de amor blandos abrazos
De santa unión en perdurables lazos.

LXXIV.

«Si amaste alguna vez, y has conocido
El valor sin igual de un bien seguro,
Y lleno de esperanzas has unido
A la dicha presente. el bien futuro;
Si por favor del cielo has conseguido
Enlazar la virtud al amor puro,
Y ofreció una pasión correspondida
Encanto al corazón, al alma vida:

LXXV.

«Ya podrás comprender la dicha mía.
El amor dilatava sus contentos,
Mientras llegaba el suspirado día
De entregarme á las ondas y á los vientos:
Aguardábalo llena de alegría,
Cuando de hombres feroces y violentos
Acometida vi con furia insana,

nuestro indefenso albergue una mañana.

LXXI.

«Reos de lesa majestad, nos vimos
A inexorables jaeces entregados,
En cuyo tribunal bárbaro fuimos
Al suplicio de fuego condenados:
En recurso postrer comparecimos
Del Sultán poderoso en los estrados,
El cual con ademán y faz severa
A Constanzo increpó de esta manera:-

LX.XYII.

«¿Díme, mancebo infiel, cómo pudiste
Robar á mi jardín su flor más bella,
A mí trono la luz de que se viste,
A mi cielo de amor su clara estrella?
Puede el cuervo mendaz en hora triste
Al ave seducir que se querella;
Pero su dueño si venganza toma,
Al cuervo matará y á la paloma.

LXXVIII

«Por derecho y por ley yo soy tu dueño:
Por ley y obligación eres mi esclavo:
¿Cómo quisiste, pues, con torpe empeño,
Causar á mi grandeza menoscabo?
De cruel y sanguinario me desdeño,
Pero de justiciero, sí, me alabo;
E inflexible descargo en la malicia
El hierro vibrador de la justicia.

LXXIX.

t Con modesto ademán y acento firme
Le responde Constanzo de esta suerte:
En tu poder estoy, puedes herirme,
Y puedes, gran Señor, darme la muerte:
Mas, de la cara prenda á dividirme

A que el cielo me unió con lazo fuerte
Na basta tu poder, ni yo pudiera
Si tamaño imposible pretendiera.

LXXX.

«En la remota México felice
Nací, donde los cándidos amores
El cielo dichosísimo bendice,
Con cadenas ligándolos de flores:
Donde no la mujer gime infelice
Oprimida de celos y temores:
Del hombre compañera cariñosa,
Vive con él enamorada esposa.

LXXXI.

«En mi primera edad me vi lanzado
Del patrio suelo, con el padre mío,
El que, siendo español, fue condenado
A tanta pena por decreto impío:
Así destruye la razón de Estado
El ingénito amor de un pueblo pío.
Triste y errante, al espirar mi infancia,
Me recibió cortés la culta Francia.

LXXXII.

«Joven después, en años floreciente,
Dado al comercio, me entregué á los mares,
Asistiendo en los puertos del Oriente
A los ricos mercados y bazares:
Ya proyectaba el ánimo impaciente
Volver la prora á los antiguos lares,
Por haber levantado en sus regiones
La hermosa Paz sus blancos pabellones:

LXXXIII.

«Cuando caza me da nave pirata
En las instables ondas del mar fiero,
Y cargado de hierros me arrebatá

A tus altos palacios, prisionero.
Ahora bien, Gran Señor, ¿qué suerte ingrata,
Qué poder, qué razón, qué ley, qué fuero,
Condena al que nació inocente y libre,
A que en su cuello tu cuchilla vibre?

LXXXIV.

«Si no te habían mis ojos conocido,
Ni mis manos pudieran ofenderte,
¿Por qué á la esclavitud me has reducido?
¿Y por qué me amenazas con la muerte?
Si á Aglaya por esposa he pretendido
Y conmigo se unió, Señor, advierte
Que la oprimiste con poder tirano,
Siendo libre y señora de su mano. -

LXXXV.

«Si por tu dicha no tomase en cuenta,
El Monarca repuso, tu ignorancia,
Pronto tu pena borraría mi afrenta,
Castigando cual debo tu arrogancia:
Mas quiero que obre la justicia lenta,
Precediendo la blanda tolerancia:
Llamaste libre, mis acciones culpas,
Y fundas en mi oprobio tus disculpas.

LXXXVI.

«Y es que, sin duda, como infiel, ignoras
Mi alto poder, mi autoridad completa,
Y que el mundo á mis armas vencedoras
Sujetó con sus leyes el Profeta.
Si á la única Deidad por dicha adoras,
Sabe que .soy la luz que la interpreta:
Sometidas á mí todas las gentes,
Soy Padre universal de los creyentes.

LXXXVII.

«Mas, porque entiendas que á mi excelso trono

Asiste la piedad y soy clemente,
Tu crimen execrable yo perdono
Y esa joven te doy perpetuamente,
Con tal que humilde implores en tu abono
Del Profeta la ley, como creyente;
Y colmaré tu diestra con largueza
De podec, <te placeres y riqueza. —

LXXXVIII.

«Esta proposición pudiera, indigna,
Haber puesto en peligro mi constancia,
Ante el suplicio cruel que le designa
Del tirano la bárbara arrogancia,
Si de Constanzo la firmeza, digna
De quien guarda la fe con vigilancia,
No triunfara, diciendo en aquella hora
Con ademan sereno y voz sonora. -

LXXXIX.

«Agradezco, Señor, que hayas prestado
A esta mi débil voz, atento oído,
Y al cielo gracias doy, que se ha dignado
Hacerme de la luz hijo querido,
Para que nunca ciego y extraviado
Abandone la fe con que he vivido:
Antes que de Jesús el nombre niegue,
Muerta mi lengua al paladar se pegue.

XC.

«¿Quieres que el crimen y el error pregone,
E insensible de Dios á la doctrina,
Sus preceptos olvide, y abandone
La senda que á la vida me encamina?
¿Qué importa que tu mano me corone
De gloria mundanal, si me destina,
Por medio del placer y falso encanto,
A la mansión de sempiterno llanto?

XCI.

«Y tú, querida esposa, en quien adoro
De un depurado amor las gracias bellas,
Los temores olvida, deja el lloro,

Y levanta la vista á las estrellas.
Allí, enlazados al celeste coro,
Ajenos de inquietudes y querellas,
Nuestra dichosa unión afirmaremos,
Y en piélagos de luz nos perderemos.

XCII.

«Entonces el Tirano enfurecido
Ejecuta en Constanzo la sentencia,
Haciendo que las llamas consumido
Lo manifiesten ¡ay! á mi presencia.
Nunca el hombre de gracias prevenido
Mostrara más heroica resistencia:
Allí recojo su último suspiro,
Y su postrer mirada á lo alto miro.

XCIII.

«Yo vi, yo vi su espíritu glorioso
Serenamente al cielo santo,
Dejándole á mi pecho congojoso
Aguda pena, inextinguible llanto.
Aterrada del caso doloroso,
Y oprimida de angustia y de quebranto,
Al ardor de violenta calentura
Camino á la funesta sepultura.

XCIV.

«Una noche terrible, en que la vida
Con equívocas señas se mostraba,
Y á mi lecho, de sombras revestida,
La muerte pavorosa se acercaba;
Se me ofrece la imagen tan querida
De Constanzo, que luces derramaba,
Y me dice con labio placentero:
Es el cielo tu patria, en él te espero.

XCIV.

«El alma, de los miembros desligada,
Ante su juez divino comparece,
Y, hasta quedar cual oro acrisolada,
En aqueste lugar gime y padece.
Vivir del fin eterno separada
Y sufrir el dolor, bien lo merece
Quien pudo vacilar por un instante,
Entre el amor de Dios y el de su amante.

XCVI.

«De su bondad sin límites espero
Acorte á mi penar los largos plazos,
Y me lleve á su gozo duradero,
Exenta ya de peligrosos lazos;
Donde le ofreceré mi amor sincero,
Y de Constanzo entre los dulces brazos,
Disfrutaré purísimas caricias,
Eternidad de gloria y de delicias.»

XCVII.

Dijo, y en largo llanto se desata,
Semejante á las gotas de rocío,
Que de su trono de cristal y plata
Vierte la luna sobre el bosque umbrío,
Quando la noche plácida dilata
Por el orbe su extenso señorío;
Y ofrecen al mortal para consuelo
Quietud la tierra y esperanza el cielo.

XCVIII.

En tanto, las amables compañeras
De Aglaya, las graciosas fugitivas,
Aquí y allí, en el soto y las praderas,
Se dejaban mirar menos esquivas:
Las más curiosas vienen las primeras
Respondiendo á mis voces expresivas;

Al fin me cercan todas ruborosas,
Y aceptan mis saludos cariñosas.

XCIX.

»Cécanme en derredor bellezas raras,
Y muchas, al hablarme tiernamente,
Hacen memoria de sus prendas caras,
Recuerdos de su patria y de su gente:
Y porque el alto sol sus luces claras
Ya inclinaba á los montes de Occidente,
Dejando yo el lugar en que nos vimos,
Con lágrimas de amor nos despedimos.»